

EL CADÁVER DEL SEÑOR GARCÍA

DE

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

FARSA DE DETONACIONES EN TRES ACTOS

PERSONAJES

- * HORTENSIA, la enamorada.
- * DELFINA, la amiga.
- * DOÑA CARMEN, la viuda del coronel
- * OLGA, la recitadora rusa.
- * RAMONA, la doncella.
- * DON CASIMIRO, el forense.
- * DON EVELIO, el juez.
- * ABELARDO, el enamorado.
- * HIPO, el médico.
- * MIRABEAU, el orador.
- * GARCÍA, el cadáver.
- * DAMIÁN, el portero.
- * MENÉNDEZ, el oficial de Juzgado.

ACTO PRIMERO

Un saloncito amueblado y alhajado con un gusto sobrio y moderno. Al foro, una doble puerta que se abre en corredera. A la derecha, otra puerta más pequeña. A la izquierda, una tercera puerta. Entre ésta y la del foro, un diván turco. Teléfono –y guía telefónica- sobre un mueble.

Antes de levantarse el telón, y encendida la batería con luz azul, hay una larga pausa. Enseguida, suena una detonación; otra breve pausa y se oyen dos detonaciones más casi simultáneas.

*Entonces se levanta el telón pausadamente. La escena está a oscuras. (Se oyen dentro rumores de varias personas que se acercan y voces de “¿Qué ocurre? ¡Ha sido en casa! ¡Tiros! ¡Dios mío!”, etc., todo ello muy confuso, lejano y mezclado. Estos rumores siguen creciendo y aproximándose, y las voces repiten: “¡En el saloncito! ¡Luz! ¡En el saloncito!”) (La puerta del foro se descorre al fin y permite ver un forillo muy iluminado y un grupo de personas agolpado en el umbral.) (Alguien enciende la luz de la escena y entonces se ve al SEÑOR GARCÍA tumbado en el diván turco, de cara a la pared y de espaldas al público, con el abrigo puesto y en la actitud de si estuviera dormido, desmayado o muerto. En el suelo hay un sombrero hongo y un paraguas.) (En la puerta, formando una masa aterrorizada y estupefacta están **HORTENSIA**, una mujer guapísima de unos treinta años; **RAMONA**, la doncella; **ABELARDO**, un buen mozo de la edad de **HORTENSIA**; **HIPO**, chico de veintitantos años.) (Hay una nueva pausa, durante la cual los cinco miran el diván petrificados.)*

EMPIEZA LA ACCIÓN

RAMONA. ¡Jesús!

ABELARDO. Pero, ¿qué es esto?

RAMONA. *(Asustadísima)* ¡Un muerto! ¡Ay, madre mía, un muerto! ¡Ay, que yo no había visto un muerto en mi vida!

HORTENSIA. *(Abrazándose frenética a ABELARDO)* ¡¡Abelardo!!...

RAMONA. ¡Ay, que en la vida había visto yo un muerto!...

ABELARDO. *(A RAMONA)* ¡Cállate, estúpida! ¿No ves que asustas a la señora?.

HORTENSIA. ¡¡Abelardo!!, ¡Abelardo, ¡Vámonos de casa! ¡Vámonos de Madrid! ¡Vámonos de España! ¡Vámonos de Europa!.

ABELARDO. Hortensia, por favor... Ramona ... ¡Cójala! *(Le traspasa HORTENSIA.)*.

HORTENSIA. ¡Qué me den algo! ¡Qué me den algo! ¡Qué si no me dan algo, me va a dar algo!...

ABELARDO. Ramona... cógela bien y procura que no la dé nada... ¡Qué no la dé nada, por Dios!.

RAMONA. Señorito: ¿la doy algo?.

HIPO. Dice que no la dé nada (RAMONA *se lleva a HORTENSIA a un sillón*).

RAMONA. ¡Ay, Virgen santa!, que yo nunca había visto muerto a un muerto!.

HIPO. Pero, ¿quién es este hombre? ¿Por dónde ha entrado?.

RAMONA. (*Señalando a la puerta de la derecha.*) ¡Por Ahí, por el balcón de la sala” ¿No ve usted que está abierto?.

HORTENSIA. ¡Ay!.

RAMONA. ¡Lo habíamos dejado abierto para que se saliese el humo!... ¡¡Ay!! (*Castañeando los dientes y como si desvariase.*) El balcón... El humo... El muerto... los tiros...

HORTENSIA. ¡Abelardo! ¡¡Abelardo, no te acerques!!.

RAMONA. Los tiros... El muerto... El humo... El balcón...

HORTENSIA. ¡No te acerques, Abelardo!.

RAMONA. Nosotros... El balcón... El muerto... Los tiros...

ABELARDO. Pero es necesario saber si está o no está ... (*avanzada hacia el diván*).

HORTENSIA. ¡No te acerques, Abelardo !...

RAMONA. ¡Señorito Abelardo, por la Virgen!.

HIPO. ¡Estáte quieto, Abelardo!.

ABELARDO. ¡Caramba! Pero algo hay que hacer...

HORTENSIA. La policía ... El Juzgado...

RAMONA. Avisen ustedes al juez, señoritos.

ABELARDO. ¡Eso, sí!.

HIPO. ¿Bajo a ponerle un continental?.

ABELARDO. ¿un continental? ¿Pero se le llama al juez con un continental?.

HIPO. ¿Cómo se les llama a los jueces?.

ABELARDO. Por el apellido. Yo creo que por el apellido.

HORTENSIA. ¿Qué dices, Abelardo?.

ABELARDO. No sé.

RAMONA. Aquí ninguno dice lo que sabe.

HIPO. (*Rectificándola*) Se dice se sabe lo que se dice.

HORTENSIA. ¿Qué dice?.

RAMONA. No sabe.

HIPO. ¡Vamos! ¡Calma! Tengamos un poco de calma, por lo que más queráis... ¿Y si ese hombre es un herido grave? ¡No se le puede dejar morir esperando al juez!.

ABELARDO. ¡Claro!.

HORTENSIA. ¿Entonces?.

ABELARDO. Hay que reconocerlo. Reconócelo tú, Hipo. ¿No eres médico?.

HIPO. ¡Atiza! Pues es verdad... Ya no me acordaba de que soy médico. (*Va hacia el diván.*) Porque... yo soy médico ¿verdad?.

ABELARDO. Sí, sí; eres médico.

HIPO. Soy médico; lo reconozco. (*Inclinándose sobre el SEÑOR GARCÍA*) ¡Pues no lo reconozco!.

ABELARDO. ¿Qué?.

HIPO. Que es la primera vez que le veo.

HORTENSIA. (*levantándose*) Pero, ¿le ha visto?.

ABELARDO. ¿Lo has visto?.

RAMONA. ¿Cómo es? (*Se agolpan todos a su alrededor.*)

HIPO. Es... Es... ¡Ya no me acuerdo cómo es! (*Vuelve al diván y mira de nuevo.*) Es...

HORTENSIA. ¿Cómo?.

RAMONA. ¿Cómo?.

HIPO. Es moreno.

HORTENSIA. ¿Moreno?.

RAMONA. ¡Dios mío, es moreno!.

HIPO. Y con unos bigotes como el manillar de una bicicleta.

ABELARDO. Pero, ¿está muerto o está herido?.

HORTENSIA. ¿Cómo está?.

HIPO. Está feísimo.

ABELARDO. Voy a ver yo.

HIPO. ¡No!, ¡¡no!! Que no se acerque nadie. ¿Y si se tratase de un crimen? No hay que tocarle, no hay que moverle, no hay que pisar alrededor, porque se borrarían las huellas...

HORTENSIA. ¡Virgen santísima, si fuera un crimen!.

RAMONA. Un crimen... Las huellas... El muerto... Las huellas... Un crimen...

ABELARDO. ¿Quieres callarte?.

HIPO. Yo solo....Me acercaré yo solo (*Avanza de puntillas hacia el diván.*) Así... Con mucho cuidadito... Porque puede haber huellas...

ABELARDO. ¿Hay huellas?.

RAMONA. ¡Madre mía, que haya huellas!.

HIPO. (*Examinando al SEÑOR GARCÍA en medio de la atención general y del silencio más impresionante*) ¡Hum!...

TODOS. ¿Qué? ¿Qué?.

HIPO. ¡Hum! No me gusta nada...

RAMONA. Eso es que le ha visto las barbas.

HIPO. ¡Chistes!... ¡Silencio! A ver el corazón... (*Auscultando al SEÑOR GARCÍA.*) Nada... Absolutamente nada... Ni un latido.

ABELARDO. ¿Muerto?

HIPO. Muerto. (*Emoción.*)

HORTENSIA. ¡¡Oh!!.

RAMONA. ¡Muerto!.

ABELARDO. ¡Muerto!.

RAMONA. (*Rezando apresuradamente*) Padre cielos, que estás en los nuestros, nombrizado sea el tu santo, reinamos el tu vengo, y no nos dejes tentar...

ABELARDO. ¡Reza en voz baja! (*A HIPO*) ¿Estás seguro de que está muerto?

HIPO. (*Arrogante*) Abelardo: ¡soy médico!.

ABELARDO. Pues por eso te digo si estás seguro, porque como los médicos os ilusionáis con cualquier cosita...

HIPO. ¡Muerto y bien muerto! No nos queda más que avisar al Juzgado por teléfono.

ABELARDO. ¡Por teléfono, es verdad! ¿Cómo no se nos ha ocurrido antes? (*Se sienta ante el teléfono seguido de HIPO.*)

HORTENSIA. (*Que ha vuelto a su sillón.*) ¡Ramona! No puedo más...

RAMONA. Vamos señorita. Hay que tener valor.

HORTENSIA. Esta escena... Esta escena terrible después de la comida... Y ese hombre...

RAMONA. ¡Espantoso! Yo siento una cosa aquí, en el estómago..., como si hubiera resucitado de pronto la langosta.

HORTENSIA. ¡Calla, calla! No hables de resurrecciones.

ABELARDO. (*Junto al teléfono.*) ¿Cuál será el número del Juzgado?

HIPO. En la jota... mira en la jota.

ABELARDO. (*Pasando hojas.*) Sí, Por aquí...

HIPO. ¿Pero dónde estás buscando la jota?

ABELARDO. Al final.

HIPO. Eso es en los organillos.

ABELARDO. Tienes razón... Ayúdame tú. Yo solo no puedo. Estoy nerviosísimo.

HIPO. (*Pasando hojas.*) Efe, ge, hache, i... Jota, Jota, Jota... (*Siguiendo las columnas de nombres con el dedo*) Ja- Ja. Ja.

ABELARDO. Ja. Ja. Ja. Ja.

HIPO. Ja. Ja.

ABELARDO. Ja. Ja. Ja. Ja.

HORTENSIA. ¡Por Dios, cállense ustedes!.

RAMONA . Cualquiera que los oyera...

ABELARDO. Je. Je. Ji.

HIPO. Jiménez, Jiménez.

ABELARDO. Jiménez. Jiménez, Jiménez...

HIPO. Jiménez.

ABELARDO. ¿Dónde acabarán los Jiménez? Jiménez. Jiménez.

RAMONA. (A HIPO, *que está preocupadísimo y se dirige a buscar huellas*). Diga usted, señorito Hipo. Y habiendo muerto aquí, ¿tendrán que cerrar el portal de la casa, no?.

HIPO. ¡Hombre! ¡Déjeme usted a mí ahora de portales!

HORTENSIA. (A RAMONA). Pero, ¿quién puede ser? ¿Por qué habrá venido a matarse aquí, Ramona?.

RAMONA. ¿Usted no le conoce, señorita?.

HORTENSIA. Así, de espaldas, me parece que no... ¡Pero yo no le miro la cara!

RAMONA. ¡No, claro que no! ¡Cualquiera le mira la cara! Con esos bigotes...

ABELARDO. Jiménez. Jiménez.

(*Dentro suena un timbre. Todos suspenden lo que hacen y se miran un poco sobrecogidos.*)

RAMONA. ¡Mallan ¡Digo, llaman!

HORTENSIA. Llaman... (*Suena de nuevo el timbre*).

RAMONA. ¡Otra vez!

HORTENSIA. Han llamado dos veces, Abelardo.

ABELARDO. Bueno, ¿Y qué, que hayan llamado?.

RAMONA. ¿Quién va a ser a estas horas?.

ABELARDO. Vete a abrir y lo veremos.

RAMONA. ¡Ay, yo no, señorito! El pasillo... La luz... El corazón... Mi novio... Me muero...

ABELARDO. ¿Pero qué dice ésa?.

HIPO. Dice que la luz; su novio, el corazón y el pasillo.

ABELARDO. ¿Qué es lo que dices?.

RAMONA. Que el pasillo está sin luz... Y con eso del muerto tengo miedo... Y estoy mala del corazón... Y mi novio dice que si me asusto, me muero...

ABELARDO. ¡Vaya! Acompáñala tú, Hipo. (*Mirando la guía*). Jiménez. Jiménez. Jordá. Joyería. Juan...

HIPO. Yo no puedo separarme de aquí ni un instante hasta que venga el Juzgado. Soy médico. (*Dentro suena el timbre nuevamente*)

ABELARDO. ¡Ea! Yo iré... ¡Pues sí que estamos buenos!. Toma, sigue buscando. (*Le entrega la guía a Hipo y se va por la izquierda, seguido al trote por RAMONA*).

HORTENSIA. ¡Madre mía, qué valiente es!

HIPO. (*Siempre consultando la guía*). Jurado. Justo. Juvenal. ¡Juzgado!. Aquí. Juzgado de guardia. Salesas. Treinta y cuatro ciento setenta y ocho. Que no se me olvide. (*Repitiendo muy deprisa, mientras se sienta y descuelga el auricular*). Treinta y cuatro ciento sesenta y ocho. Treinta y cuatro ciento dieciocho. Treinta y cuatro ciento ocho. (*Marcando*) Tres. Cuatro. Cinco. Nueve. Seis. Esto es. ¡Oiga! ¡Oiga! ¿El treinta y uno cuatrocientos cuarenta? ¿Qué? Oiga... ¿Es el juzgado de guardia?-

HORTENSIA. ¿Contestan?.

HIPO. Diga... ¿Cómo? No, señor. Cuelga. Pues... ¿qué número he marcado yo? Era el treinta y tres veinticinco... No. El novecientos... ¡Voy a ver! (*Hojea la guía de nuevo. Dentro suenan unas voces espantosas que dicen: "¡Pero es posible? ¿Pero qué me cuenta usted?"*).

HORTENSIA. ¡Válgame Dios! El portero... Y con lo que grita al hablar...

DAMIÁN. (*Dentro*) ¡¡Pero si parece un cuento!!.

HIPO. ¿Qué es eso? ¿Qué pasa ahí fuera?-

HORTENSIA. Es el portero, que vendrá a ver lo ocurrido.

HIPO. Pero, ¿y qué le sucede? ¿Por qué grita?-

HORTENSIA. Porque es un animal.

ABELARDO. (*Entrando por la izquierda*) Pasa, Damián, pero procura bajar la voz todo lo que puedas.

DAMIÁN. (*Entrando, seguido de RAMONA. A grito pelado*). ¡¡Buenas noches!!.

HIPO. (*Al teléfono*) ¡Chits! Que no me entienden; Oiga... Oiga... Pregunto si es el Juzgado de guardia.

HORTENSIA. Baje la voz, Damián, por favor...

DAMIÁN. (*Igual que antes*). ¡¡Sí, señora, sí!! ¡¡Pero, ¡qué me dice el señorito, que ha venido a matarse aquí un individuo?!!.

HORTENSIA. Sí; eso es; que se ha matado aquí un señor que ha entrado por el balcón; pero más bajo, por caridad...

DAMIÁN. (*Viendo al SEÑOR GARCÍA*) ¡¡Anda!! ¡¡Si está ahí, en la cheslón!! (*Se quita la gorra respetuosamente*).

ABELARDO. Sí. Por eso le decíamos que hablase bajo, porque parece de mal efecto, ¿sabe?.

DAMIÁN. (*Como siempre*). ¡¡Claro, claro!! ¡¡He oído los tiros desde abajo, y por cierto que me han pillao dándole cuerda al despertador!!.

HORTENSIA. ¡Dios mío! Es irresistible...

RAMONA. ¡Qué garganta!.

HIPO. Ha nacido para batelero del Volga.

DAMIÁN. ¡¡Y como es lo justo, he subido a escape, porque yo estoy siempre allí donde el deber me llama!!.

HIPO. ¡Muy bonito! Y todavía haría más bonito si lo dijese usted en voz baja, pero no hay manera...

DAMIÁN. ¡¡Mi mujer quería subir también, pero la he dado cuatro gritos!!.

RAMONA. ¿Es posible?.

DAMIÁN. ¿Qué dice?.

HIPO. Que se extraña de que le haya dado cuatro gritos con lo buenazo que es usted.

DAMIÁN. ¡¡Y lo mismo he hecho con la señora de ahí al lado!!.

HORTENSIA. ¿Con la señora de ahí al lado? ¿Pero no comía hoy fuera?.

DAMIÁN. ¡¡No señora!! ¡¡Ha comido en su casa y quería entrar a molestar a ustedes con el achaque de saber lo que había pasado!!.

ABELARDO. Hombre, Damián.

HORTENSIA. ¡Si yo hubiera sabido que Delfina estaba en su casa!... ¡Ramona!.

RAMONA. Señorita...

HORTENSIA. Pasa un momento y dile a la señorita Delfina que tenga la bondad de venir, que la necesito. ¡Hipo! ¿Quiere usted acompañar a Ramona hasta que la abran ahí al lado? Está la escalera a oscuras y le da miedo.

HIPO. Yo, como médico, no debía de moverme de aquí; pero, en fin... Vamos. (*Hace mutis con RAMONA. Se van por la izquierda*).

DAMIÁN. (*Que ha pasado a la izquierda y está contemplando al SEÑOR GARCÍA*). ¡¡Pobre hombre!! ¡¡Pues hasta hoy no había visto yo un suicida!!.

HORTENSIA. (*A ABELARDO*) No le contestes, a ver si se calla.

ABELARDO. (*Al teléfono*) Oiga... Oiga...

DAMIÁN. (*Contemplando al SEÑOR GARCÍA. Filosófico*) ¡¡Hay que ver, ¿eh?!! ¡¡¿Eh, señorita Hortensia?!! ¡¡¿Eh?!! ¡¡Hay que ver!!.

HORTENSIA. (*Dando a entender que, en efecto, es terrible lo que sucede*) ¡Uf!.

DAMIÁN. ¡¡Lo que es la vida!! ¿Eh?!!.

HORTENSIA. (*Como antes*) ¡Uf!.

DAMIÁN. ¡¡Yo le llevo quince años de portero y ya no me extraña nada; pero, hay que ver lo que es la vida, ¿eh?!!.

HORTENSIA. ¡Uf!.

DAMIÁN. (*Inclinándose sobre el SEÑOR GARCÍA*). ¡¡y parece simpático!!.

HORTENSIA. (*Aterrada*) ¡¡No le toque!!.

ABELARDO. ¡No le toques!. ¡No le toques, que hay que esperar a que venga el juez y le estamos avisando por teléfono..!

HORTENSIA. ¿Contestan o no?.

ABELARDO. Me he puesto al habla ya con cinco tabernas diferentes, pero no hay manera de comunicar con el Juzgado.

DAMIÁN. ¡¡Será que no le oyen!! ¡¡Déjeme a mi, señorito, que yo estoy aquí para servirles!!.

HORTENSIA. (A ABELARDO) Déjale, que si no le oyen a él es que están veraneando.

HIPO. (Entrando de nuevo por la izquierda). ¿Contesta el Juzgado?.

ABELARDO. Aún no; pero ahora va a aullar éste un ratito.

DAMIÁN. ¡¿Qué número es?!

ABELARDO. El treinta y cuatro mil ciento setenta y ocho.

DAMIAN. (Marcando) ¡¡Tres!! ¡¡Cuatro!! ¡¡Uno!! ¡¡Siete!! ¡¡Ocho!!... ¡¡Verán qué pronto!!... ¡¡Oiga!!... ¡¡Oigaaaa!!.

HIPO. ¡Qué bestia!.

HORTENSIA. (Taponándose los oídos) Ese hombre me pone mala...

DAMIÁN. (Al teléfono, a grito herido). ¡¡El treinta y cuatro mil ciento setenta y ocho!! ¡¡El treinta y cuatro mil ciento setenta y ocho!!

HIPO. (Imitándole) ¡¡Ochenta mil pesetas!!.

DAMIÁN. ¡¿Qué?!

HIPO. No, nada; que si sigue usted así, va a acabar por sacar el gordo.

ABELARDO. Mira, Damián; lo mejor es que te llegues tú mismo al Juzgado.

HORTENSIA. Eso es.

HIPO. Si, si; que se marche.

DAMIÁN. (A ABELARDO) ¡¡Cómo usted quiera!! ¡¡Yo estoy siempre allí donde el deber me llama!!.

HIPO. ¡Magnífico! Ya lo habíamos oído antes.

DAMIÁN. ¡¡Vamos a ver!! ¡¿qué hay que decir?!

ABELARDO. ¿Dónde?.

DAMIÁN. ¡¡En el Juzgado!!.

ABELARDO Es verdad. ¿Qué se dice en estos casos?.

HIPO. Pues, hombre, nada... Que diga que estábamos reunidos comiendo para celebrar la primera amonestación tuya y de Hortensia, corrida ayer en la iglesia de San Antonio de los Flamencos, cuando en medio de la alegría nuestra y del silencio de la noche, en el momento en que empezábamos a jugar unas manitas de póker...

HORTENSIA. Eso es muy largo.

ABELARDO. ¡Al juez qué le importa nuestra boda ni San Antonio de los Flamencos!...

HIPO. Que le diga sólo que estábamos jugando y que haga el favor de venir a levantar al muerto.

HORTENSIA. Se va a ofender.

DAMIÁN. ¡¡Si le digo eso me detiene!!.

ABELARDO. ¡Vaya! Trae un papel, tú... (Él saca la estilográfica- Se dispone a escribir).Lo mejor es ponerle cuatro líneas.

HORTENSIA. ¡Eso, eso!

ABELARDO. *(Escribiendo y leyendo lo escrito)* “SEÑOR JUEZ DE GUARDIA: LOS ABAJO FIRMANTES, INQUILINOS Y AMIGOS ÍNTIMOS DE LA FINCA NÚMERO 119 DE LA CALLE SERRANO.”

HIPO. No digas...

ABELARDO. Pues, ¿qué ocurre?.

HIPO. Que nos has hecho amigos de la finca.

ABELARDO. ¿Cómo?. *(Leyendo lo escrito)* “LOS ABAJO FIRMANTES, INQUILINOS Y AMIGOS ÍNTIMOS DE LA FINCA...”. ¡Mecachis! ¿Qué ponemos?.

HORTENSIA. Pon inmueble.

HIPO. Tampoco se puede ser amigo íntimo de un inmueble.

DAMIÁN. Ponga usted casa, señorito.

ABELARDO. *(Escribiendo y leyendo)* “INQUILINOS Y AMIGOS DE LA CASA...” ¡Anda! Pues resulta que “casa” viene bien. “...LE RUEGAN A USTED QUE TENGA LA BONDAD DE VENIR A...” “DE VENIR A...” “...A LEVANTAR...” ¡No! Yo no pongo levantar.

HIPO. Pon incorporar, que es más suave.

ABELARDO. “...A RECOGER...” ¡Eso es! “... A RECOGER LOS RESTOS DE UN DESDICHADO QUE HA TENIDO A BIEN SUICIDARSE A TIROS EN UN DIVÁN...”.

HORTENSIA. Eso del diván quítalo, Abelardo.

HIPO. O ponlo antes.

ABELARDO. “... EN UN DIVÁN...” “...A SUICIDARSE EN UN DIVÁN...” “HA TENIDO A BIEN EN UN DIVÁN...” No sé dónde poner el diván.

HIPO Arriba. Ponlo arriba.

ABELARDO. ¡Esto es! ¡Así! “A RECOGER DE UN DIVÁN LOS RESTOS DE...”, etcétera “CON TAL MOTIVO...” Tampoco “CON TAN MACABRO MOTIVO...” NO. “CON TAN ORIGINAL MOTIVO...”

HORTENSIA. Ahí vendrá bien otro adjetivo, ¿no crees?.

HIPO. Espeluznante.

ABELARDO. Sí, sí, eso. “CON TAN ESPELUZNANTE MOTIVO QUEDAN DE USTED SEGUROS SERVIDORES...” Firmo. Y firmad vosotros. *(Firman todos)*.

HORTENSIA. Habría que ponerlo en limpio...

ABELARDO. No, que si se pone en limpio se van a creer que es mentira. Anda. Damián, a escape. Toma un taxi, dices que al Juzgado de guardia, preguntas por el juez y mandas que le pasen esto. *(Le da la carta)*.

DAMIÁN. ¡¿Pero me harán caso?!.

ABELARDO. Si, hombre, sí; ¿cómo no van a hacerte caso?.

DAMIÁN. ¡¡Es que si no me hacen caso!! ¡¡Bueno, si no me hacen caso!!...., ¡¡me van a oír!!! *(Se va oír la izquierda).*

HORTENSIA. ¿Y estará el juez dispuesto a estas horas?

ABELARDO. ¡Hombre, claro! El juez está dispuesto a todas horas.

HORTENSIA. No tendría nada de particular que se hubiera ido al teatro, por ejemplo

ABELARDO. *(Irritado)* Pero... ¿el juez de guardia? ¿Ése va a ir?...

HORTENSIA. ¡El juez de guardia será un juez como los demás!

ABELARDO. *(Desesperado)* ¡¡Bueno!!.

HIPO. Déjala, que con las mujeres no se puede discutir más que de salsas, y eso, dándoles la razón de que la mayonesa es la mejor. *(Se oye dentro un rumor de voces que se acerca. Enseguida, por la izquierda entran DELFINA, una dama de más de cuarenta años muy conservada, y MIRABEAU, que es un caballero de barba negra, correctísimo; ella trae sobre los hombros un abrigo o una capa, y él viene con el abrigo puesto y el sombrero en la mano. Les sigue. RAMONA. DELFINA avanza hacia HORTENSIA).*

DELFINA. *(Con voz muy teatral).* ¡Hortensia! ¡Amiga mía!...

HORTENSIA. ¡Delfina! *(Se abrazan dramáticamente).*

DELFINA. ¡Dios mío! ¡Calla, no me digas nada! Todo lo comprendo; todo me lo ha contado Ramona. Y tanto yo como Mirabeau, que comía en casa y ya se iba. *(A MIRABEAU)* ¿verdad que ya e ibas?.

MIRABEAU. Sí. Ya me iba.

DELFINA. Tanto yo como Mirabeau estamos aterrados.

MIRABEAU. Y atónitos.

DELFINA. Esto es: aterrados y atónitos.

MIRABEAU. Y consternados.

DELFINA. Esto es: aterrados, atónitos y consternados. Yo habría entrado inmediatamente que oímos los tiros, pero el portero me hizo comprender que podría molestar...

MIRABEAU. Y yo también te dije, Delfina...

DELFINA. Esto es: y Mirabeau también me lo dijo. Ya conoces lo correcto que es Mirabeau. ¡Qué espanto! ¡Qué espanto, Dios mío!

HORTENSIA. Un horror, Delfina.

DELFINA. ¿Y cómo ha podido ocurrir esto? ¿Dónde está? ¿Dónde está? *(Descubriendo al SEÑOR GARCÍA).* ¡Oh! ¡No quiero verlo!... ¡No lo mires, Mirabeau! ¡Mirabeau, no lo mires!.

MIRABEAU. No, Delfina.

DELFINA. Y entrar así, de pronto, por el balcón, para matarse a tiros en una casa ajena. ¡Jesús! La Humanidad está dejada de la mano del Altísimo... Por supuesto, te habrá estropeado el diván... ¡Qué lástima; recién forrado! Pero, ¿quién es ese infeliz? ¿Qué se sabe de él?.

ABELARDO. No sabemos nada. No podemos tocarle. Esperamos al juez de guardia.

DELFINA. Esperan al juez, Mirabeau.

MIRABEAU. Claro, claro...

DELFINA. ¿Cómo esta usted, Hipo? Perdone que no le haya saludado... Tengo la cabeza loca. ¿Llevas tú el bolso, Mirabeau?.

MIRABEAU. *(Que lleva un bolso de señora en la mano)* Sí; yo llevo el bolso, Delfina.

DELFINA. Es por si me hicieran falta las sales. *(Sentándose; A HORTENSIA)*. Cuénteme cómo ha sido. Cuéntemelo bien. *(Mirando desde lejos al SEÑOR GARCÍA)*. ¡Pobre señor, allí tumbadito! ¡Pobre señor, pobrecito señor!.

HORTENSIA. Ha sido horroroso. Imagínate que habíamos terminado de comer y estábamos...

MIRABEAU. *(Por HIPO, a HORTENSIA)*. Este caballero ¿no es hermano de Abelardo?.

ABELARDO. *(Que lo ha oído)* No; mi hermano viene mañana desde Valladolid, con el propósito de asistir a nuestra boda.

DELFINA. ¡Ah! De Valladolid... ¡Qué precioso es Valladolid! No lo he visto, pero dicen que es precioso. ¡Dios mío, en qué ocasión tan horrorosa nos conocemos!.

MIRABEAU. Es un conocimiento sellado con la muerte.

DELFINA. ¡Eso es! Tiene razón Mirabeau. ¡Que hermosa frase! Un conocimiento sellado con la muerte. Y el momento de hacer presentaciones no es muy oportuno, pero no hay más remedio... *(Presentando)*. El señor Mirabeau, mi prometido esposo.

MIRABEAU. Caballero.

HIPO. Mucho gusto.

HORTENSIA. Hipo, un amigo de la casa. *(Dentro suena un timbre)*. ¡El juez!.

HIPO. ¡El juez! *(RAMONA se va por la izquierda)*.

ABELARDO. Ése es el juez...

DELFINA. ¡Ca, no! Deben ser las del principal. La viuda del coronel y su hija, porque estaban antes en la escalera deliberando cuál era la conducta a seguir, y la señora decía que quería entrar, porque donde hubiera tiros debía estar ella...

ABELARDO. *(Que está en la puerta de la izquierda)* Sí. Ellas son. *(Saludando)* Buenas noches, DOÑA CARMEN... *(Por la derecha entra DOÑA CARMEN, viuda del Coronel Suárez, mujer de carácter, muy llorona)*.

LA VIUDA DEL CORONEL. *(A ABELARDO)* Muy grave, como en las visitas de pésame). Buenas noches, querido amigo... No le digo a usted nada; valor; hay que ser hombres. *(A HORTENSIA)* Salud, Hortensia. Tampoco a usted le digo nada; valor; hay que ser mujeres. *(Mirando desde lejos a GARCÍA)*. ¡Qué barbaridad! ¡Qué barbaridad!.

DELFINA. Buenas noches, Doña Carmen. Mirabeau: te presento a nuestra vecina Doña Carmen, viuda del coronel Suárez...

MIRABEAU. ¡Ah! *(A DOÑA CARMEN)* Señora, a sus pies: mucho y muy elogiosamente he oído hablar de usted...

LA VIUDA DEL CORONEL (DOÑA CARMEN). Tantas gracias.

DELFINA. El señor Mirabeau, mi futuro esposo.

MIRABEAU. *(Siguiendo su párrafo)* ... pero por mucho y muy bueno que haya oído espero que la realidad superará a todo cuanto de bueno y de mucho me dijeron...

DOÑA CARMEN. Agradecidísima, señor Mirabeau. Y créame...

MIRABEAU. *(Interrumpiéndole para acabar)* ... porque la fama toca a veces sus trompetas delante de la fama. *(Un silencio)*.

DELFINA. *(A DOÑA CARMEN)* Que ya ha acabado.

DOÑA CARMEN. ¡Ah! ¡Magnífico! ¡Magnífico, señor Mirabeau!.

MIRABEAU. Señora ... *(Se inclina agradecido)*.

DOÑA CARMEN. *(se va a sentar con Hortensia y Delfina)* Pues a nosotros el hecho nos ha sorprendido en casa, oyendo la Radio; por cierto que cuando sonaron los tiros todos creíamos que era una broma del locutor...

MIRABEAU: *(A Hipo y Abelardo)* ¿Y esa señora porqué llora tanto?

ABELARDO: Su marido murió al caer de un sauce.

MIRABEAU: ¿Llorón?

ABELARDO E HIPO: ¡¡Claro!!

DOÑA CARMEN: ...y hasta que no empezó a vociferar el portero no supimos lo sucedido. Yo me he creído en el deber de entrar a ponerme a la disposición de ustedes. El programa de la Radio que estábamos oyendo era hoy aburridísimo.

MIRABEAU. Como nosotros. Y que, con todos mis respetos para ese desventurado, realmente un suicidio así no se ve todos los días.

DOÑA CARMEN. ¡Que ha de verse! Y en la propia casa...

DELFINA. Sin tener necesidad de vestirse siquiera

DOÑA CARMEN. *(Señalando al SEÑOR GARCÍA)* Está allí ¿verdad? ¡Que miedo! Vaya un susto que se habrán llevado...

HORTENSIA. No tienes ni idea, hija mía...

DOÑA CARMEN. Pero debía estar prohibido que una persona pudiera entrar a suicidarse en una casa ajena. La verdad es que este caballero... ¿no tendría otro sitio donde matarse?.

DELFINA. ¡Con lo bonita que está la Moncloa!

HIPO. Y la provincia de Ávila. Toda la provincia de Ávila es preciosa.

DOÑA CARMEN. O la Coruña, sin ir más lejos...

HORTENSIA. ¡Por Dios, no hablen ustedes así, !.

DELFINA. Es cierto. Si nos hubiera pasada a uno de nosotros...

DOÑA CARMEN. ¿Cómo es? ¿Es joven?.

HORTENSIA. No. Es moreno y con bigotes.

DOÑA CARMEN. ¡Uy, con bigotes!. *(Que se va acercando al SEÑOR GARCÍA)*. ¡Y ha aparecido ya la pistola?.

HORTENSIA. ¡No le toque, Doña Carmen!.

HIPO. Hasta que no venga el juez, que está avisado...

DOÑA CARMEN. Ya lo sé, joven, ya lo sé.

ABELARDO. *(Que hace un rato que está preocupado)* Entonces le registrarán y sabremos a qué atenernos. Sabremos por qué ha elegido este lugar para matarse... que es una cosa... *(Sombrío)* ¡Que es una cosa que no me deja vivir!....

HORTENSIA. ¡Abelardo!.

ABELARDO. ¡Calla! Es mejor que calles.

HORTENSIA. ¡Pero Abelardo! ¿Qué estás suponiendo? ¿Qué estás pensando?.

ABELARDO. Esta casa es tuya... Tú sola vives en ella... Yo me enamoro de ti. Decidimos casarnos... Nos amonestan, porque a todos los que se van a casar les amonestan, ¡y además está muy bien que les amonesten! Nos amonestan. Hoy nos reunimos aquí con un amigo a comer y a celebrar la cosa... Y un hombre entra por el balcón y se pega un tiro en tu propio saloncito y aparece muerto en tu propio diván... ¿Y qué? ¿Es que no tengo derecho a que mi fe vacile y no sólo a que vacile sino a que se desplome? Ese hombre, ¿quién es? ¡Dime! ¿Por qué se mete en tu saloncito? ¡Responde! ¿Por qué se tumba en tú diván? ¡Contesta! ¡¡Ah!!... ¿Ves cómo no contestas, ni dices, ni respondes?.

HORTENSIA. ¡Abelardo, calla! ¡Abelardo, no sigas! ¡Ay, que me da vueltas todo! ¡Ay, Dios mío, que yo me pongo malísima! ¡Ay, que yo no sé cómo me pongo!.

DELFINA. Te pones muy pálida, ¿qué hacemos?.

DOÑA CARMEN. Denle aire...

HIPO. Pero, hombre, Abelardo... ¡Parece mentira! *(Dentro suena el timbre)*.

DOÑA CARMEN. ¡El juez!.

HIPO. ¡El juez!

ABELARDO. ¡El juez! ¡Ahora vamos a saber la verdad! *(Va hacia la izquierda)* ¿Eh? *(Retrocediendo indignado)* No es el juez.

HIPO. ¿No es el juez? ¿Pues quién es?.

ABELARDO. Más vecinos ¡Todos se vuelven vecinos! ¿Por qué no se mueren los vecinos?

OLGA. *(desde dentro)* ¡En el dulce nombre de María! *(Por la izquierda entra OLGA, que viene hablando con RAMONA y es una mujer elegantísima y guapísima, de actitudes verdaderamente armoniosas. Mirando a GARCÍA)*.

OLGA. ¡Qué cosa tan terrible! ¡Es asombroso!

DELFINA. ¡Olga, amiga mía!

OLGA. Acabo de saber...

DELFINA. ¡Legendario, Olga, legendario! Hortensia, abrumada; Abelardo, abrumado; yo, abrumada. Todos abrumados. ¡Qué noche, Señor, qué noche!.

HORTENSIA. Olga... Venga aquí. Muchas gracias por haber bajado.

OLGA. Me avisó el portero. Los señores del tercero, que ya se habían acostado, están levantándose a toda prisa para bajar también.

HORTENSIA. Que no se molesten, Olga.

OLGA. Lo hacen con mucho gusto.

HORTENSIA. Son todos muy amable. *(Sigue hablando aparte)*

DELFINA. *(a DOÑA CARMEN, aparte).* ¿Ha oído lo que decía Abelardo?... Como que ella es una fresca, y yo creo ése se ha suicidado por...

DOÑA CARMEN. ¡Chist, callese, que van a oírle!. Yo estoy deseando que venga el juez.

DELFINA. ¡Qué lastima no poder avisar a Mamá, con lo interesante que se está poniendo esto!

MIRABEAU. *(En un grupo con HIPO, MIRABEAU Y ABELARDO)* ¿Quién es esa Olga?

HIPO. Una recitadora rusa que vive en el segundo

MIRABEAU. ¡Caramba! Pues mientras llega o no llega el juez... nos podría recitar algo. Así se nos pasaría muy bien la espera.

ABELARDO. ¡Hombre! El momento no es el más oportuno, ¡vamos! creo yo...

HIPO. *(Nervioso).* Pero ¿y ese juez? ¿Por qué no viene ese juez? *(se sienta).*

OLGA. *(En el grupo de las señoras).* También mi padre murió así... También él se suicidó.

HORTENSIA. ¿Es posible?

DELFINA. ¿De veras?

OLGA. Una noche fui a entrar en su despacho... Era yo pequeñita... Fui a entrar en su despacho y lo encontré muerto... de tres balazos.

HORTENSIA. ¡Dios mío!

DELFINA. ¿Dónde se pegó los tiros su padres?

OLGA. En Rusia.

DELFINA. No. Decía que en qué sitio.

OLGA. En la cabeza

DELFINA. No, no.... Que en qué sitio de Rusia.

OLGA. En Moscú. Desde entonces todas las noches se me aparece...

HORTENSIA. ¿Su padre?

OLGA. Mi padre, sí. Dicen que los suicidas... no se van nunca del mundo...

HORTENSIA. ¡Por Dios, qué cosas se dicen por ahí!

OLGA. Unas veces se me aparece en mi alcoba; otras, al volver de trabajar en el teatro, le veo delante de mí, subiendo la escalera; a veces, al entrar en casa, le encuentro sentado en el recibimiento...

HIPO. ¡Caray! *(Todos se estremecen)*

HORTENSIA. ¡Jesús!

DOÑA CARMEN. También el juez no sé qué hace que no viene, caramba!

HIPO. Mirabeau proponía una cosa que tiene razón y que nos tranquilizaría un poco.

HORTENSIA. ¿El qué?

HIPO. Proponía que... para esperar la llegada del juez libres de ideas lúgubres... que Olga recitase unos versitos...

DELFINA. ¡Pero oiga, criatura, recitar unos versos estando!... (*señala al SEÑOR GARCÍA*).
¡Vamos! Yo creo que...

HIPO. Pero siendo unos versos tristes...

HORTENSIA. Eso sí es verdad. Siendo tristes...

DOÑA CARMEN. Siendo tristes.

DELFINA. Pero sólo a condición de que sean tristes.

OLGA. Puedo recitar el poema titulado “La muerte galopa sobre montones de esqueletos”-

HIPO. Yo creo que eso será lo suficientemente triste.

DELFINA. Eso tiene que ser tristísimo.

HORTENSIA. Abelardo: Olga va a recitar un poema. (*ABELARDO no contesta*)

DELFINA. Déjale, ya se le pasará. A los hombres no hay que hacerles demasiado caso...

HIPO. Vamos, Olga. Aquí; póngase usted aquí.

OLGA. (*Se coloca en el centro y se dispone a recitar como Berta Singermann: mirando al techo y con los brazos caídos*). “La muerte galopa sobre montones de esqueletos”. Poema.

(*Recitando*)

Por un campo desierto, gris y blando
Iba la muerte galopando
- los dedos a las crines bien sujetos-
iba la Muerte, galopando,
¡galopando!,
sobre montones de esqueletos....

UNA VOZ.(*Dentro*). ¡Serenos! ¡Serenoooo!

TODOS. ¡Chist, chist!

HIPO. ¡Hombre, qué oportunidad!

UNA VOZ (*Dentro*). ¡Serenos! ¡Serenoooo!

DOÑA CARMEN. ¡Que se callen, caramba!

UNA VOZ (*Dentro*). ¡Serenoooo!

HIPO. Pero ¿quién será ese cafre? Voy a decirle por el balcón que... (*Se va por la derecha. Todos los de la escena quedan callados y sólo se oyen las voces, que no cesan de gritar*)
“¡Serenos! ¡Serenoooo! (*Una pausa. HIPO vuelve a entrar*) ¡Es el juez!!

TODOS. ¿Qué?

HIPO. ¡¡El juez y el forense!!

ABELARDO. ¿El juez y el forense llaman al sereno?

HIPO. Viene con Damián, pero no pueden entrar porque a Damián se le ha perdido la llave.
(*HIPO se va por la derecha*)

UNA VOZ.(*Dentro*). ¡Sereno! ¡Serenooooo!

ABELARDO. ¿El juez y no tiene llave? ¡Pronto, una llave! ¡¡Una llave!! ¡Una llave del portal!.

DOÑA CARMEN. Tome la mía.

RAMONA. (*entrando desde la izquierda*) Una llave, señorito.

MIRABEAU. Mi llave... (*Le ofrecen tres*)

ABELARDO. ¡Una! ¡Una y nada más! (*Coge una*)

RAMONA. Vamos, yo abriré, señorito... (*Se van RAMONA Y ABELARDO por la izquierda*)

HIPO. (*Entrando otra vez por la derecha*). Ya se han ido

HORTENSIA. ¿Qué se han ido el juez y el forense?

HIPO. Sí. Un chófer que está ahí parado arreglando un “taxi” les ha dicho que el sereno está jugando al mus en una taberna de la calle de Lagasca y se han ido en el “auto” del Juzgado a buscarle.

ABELARDO. (*Entrado otra vez por la izquierda*). Pero ¿y el juez? ¿No decías que estaba ahí el juez?

HIPO. Es que se han ido a la taberna de Lagasca a buscar al sereno

ABELARDO. ¿Y no has podido decirle que salía yo a abrir? ¡Vaya una manera de recibir al juez! (*Se va de nuevo por la izquierda*)

HORTENSIA. ¡Virgen Santísima! Por fin vamos a saber de una vez quién es ese desventurado.

DELFINA. Y conoceremos la causa terrible que le ha llevado a esa muerte más terrible todavía.

OLGA. También cuando lo de mi padre vinieron el juez y el forense. ¡Es cierto que la vida se repite!... (*Una pausa honda e impresionante. En medio del emocionante silencio que la situación, la tensión de nervios y la impaciente espera han creado, suena de pronto la voz ahogada del señor MIRABEAU, que se siente súbitamente atacado de un ataque de risa*)

MIRABEAU. (*Luchando por contenerse*). ¡Puf! ¡Puf! ¡Puuuf!

DOÑA CARMEN. ¿Le ocurre algo?

MIRABEAU. (*Congestionado de risa*) No... Nada... ¡Que se me ha ocurrido un chiste!... ¡Puf!... ¡El único chiste que se me ha ocurrido en cincuenta años!... ¡Puuuuuuff!...

HIPO. ¡Chist! ¡Calle! ¡Aguántese!

MIRABEAU. (*Comiéndose el pañuelo*). ¡Puf! ¡Puuuff! ¡¡Puuuuuff!!

DOÑA CARMEN. Pero ¿qué es?

MIRABEAU. No... Nada... Nada... Una majadería... Pero... ¡Puuff! ¡Puuff!...

DOÑA CARMEN. *(Sonriendo de ver reír al otro).* Dígame que es; dígame...

MIRABEAU. *(Llorando de risa).* Que... esa... Olga... la recitadora... ¡Bueno!... ¡Es una sandez!... Pero ¡puuff!...

DOÑA CARMEN. *(Riendo ya también).* Diga, diga...

MIRABEAU. Que esa Olga., ¡puff!..., es una Olga ¡¡de brazos caídos!!

DOÑA CARMEN. *(Uniendo su risa ahogada a la de MIRABEAU).* ¡Puuff! ¡Puaf! ¡Puaf!!

HIPO. ¿Qué es? ¿Qué es? *(Todos se van acercando interesados y sonrientes)*

DOÑA CARMEN. El señor Mirabeau..., ¡puff!..., que.... Dice que esa Olga..., ¡puaf!..., ¡es una Olga de brazos caídos!...

HIPO. ¡Puaf! ¡Puuff!...

HORTENSIA. ¿Qué dicen? ¿Qué dicen de brazos caídos?

HIPO. Que esa Olga..., ¿comprende?..., es una Olga de... ¡Ja, ja, ja!

DOÑA CARMEN. ¡Puaf! ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

DELFINA. ¿Qué ocurre?

HIPO. Que... *(Se van transmitiendo la frase y llega un momento en que todos ríen ya abiertamente, nerviosamente, de un modo irreprimible. Entonces entra ABELARDO por la izquierda)*

ABELARDO. Pase usted, señor juez. Pase usted, señor forense. *(Por la izquierda entran el JUEZ y el FORENSE, dos caballeros cincuentones, que al ver la escena se detienen atónitos. Una pausa. Los demás, sin fijarse en ellos, ríen y ríen)*

EL FORENSE. *(a ABELARDO).* Oiga usted, pero... ¿es aquí donde se ha suicidado un señor?

TELÓN RÁPIDO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración en que se desarrolló el acto primero

Al levantarse el telón, la escena y los personajes están exactamente igual que se hallaban cuando el telón bajó. Junto a la puerta, ABELARDO, el FORENSE y el JUEZ, todavía estupefactos, contemplan el risueño grupo formado por HORTENSIA, DELFINA, HIPO, etc. Detrás del FORENSE y del JUEZ aparece el OFICIAL DEL JUZGADO, y más detrás aún asoman las narices por la puerta DAMIÁN, y RAMONA.

EMPIEZA LA ACCIÓN

HIPO. *(Viéndoles de pronto, poniéndose serio y dando con el codo a los demás).* ¡El juez!
¡El juez!

HORTENSIA. ¡El juez!

MIRABEAU. ¡El juez y el forense!

DELFINA. ¡El forense y el juez!

DOÑA CARMEN. Por Dios... ¿Qué habrán pensado de nosotros el juez y el forense?

HORTENSIA. ¡Dios mío!

DELFINA. ¡Jesús! *(Se desparraman avergonzados)*

HIPO. ¡Caramba, también ha sido casualidad!

MIRABEAU. ¡Para una vez que se me ocurre un chiste!

ABELARDO *(Duramente y aparte a HORTENSIA)* ¿De qué os reáis? ¡Hace falta estar locos!. ¡Locos!

HORTENSIA. Abelardo..., si yo te explicase...

ABELARDO. ¡Silencio! *(Hay una pausa larga. Todos callan, avergonzadísimos y arrepentidos. El FORENSE y el JUEZ se miran de hito en hito, moviendo las cabezas)*

EL FORENSE. *(Aparte al JUEZ)* ¡Vaya una parroquia!. ¿eh?

EL JUEZ. ¡En treinta y cinco años, don Casimiro!... ¡En treinta y cinco años, contados los bisiestos, no he visto una cosa igual!

EL FORENSE. Si es que está el mundo que es un asquito...

EL JUEZ *(Entre dientes).* ¡Cuando lo cuente yo esto en el café de las Salesas!...

EL FORENSE. Se va a caer sentado hasta el cerillero.

EL JUEZ. *(Después de una pausa. Avanzando).* ¡Bueno!

EL FORENSE. *(Avanzando también).* ¡Bueno, hombre, bueno!

EL JUEZ. Está claro, señores, que el muerto no sería de la familia de ustedes...

HORTENSIA. No, señor juez, no...

DELFINA. No, no...

DOÑA CARMEN. El muerto no era pariente de nadie, señor juez...

EL JUEZ. Me lo sospechaba... Porque cuando el muerto es pariente no se les encuentra a todos riendo...

EL FORENSE. No se encuentra riendo más que a los herederos.

DOÑA CARMEN. (*Avanzando*). Señor juez: esto requiere una explicación; permítame que me presente, puesto que...

MIRABEAU. Será mejor que me presente yo, señor juez, y que le explique...

EL JUEZ. (*Irreplicable*). ¡Chits, chits, chits! ¡Calma, calma, calma!... Mucha calma. Nada de precipitaciones. Ya se presentarán todos, ya hablarán todos...

EL FORENSE. ¡Calma, claro, calma!... Pero estos caballeros, ¿qué se habrán creído?

EL JUEZ. ¡Vaya un caso, Señor, vaya un caso!. Primero, para avisarme, me mandan una carta...; una carta firmada por varios señores...

EL FORENSE. Como las invitaciones de los banquetes.

EL JUEZ. Luego empieza a dar gritos un tipo que dice que es portero de la casa; después resulta que al portero de la casa se le ha perdido la llave del portal y que hay que llamar al sereno.. (*al FORENSE*) ¡Llamar al sereno, don Casimiro! ¡Yo he tenido que llamar al sereno!

EL FORENSE. Es que si le dejamos al portero que llame se despierta toda la barriada. Y como el oficial del Juzgado está afónico...

MENÉNDEZ.(*Hablando con una atroz afonía*). Afónico perdido. Pero que llevo diez días así; ya lo sabe el señor juez, que la última guardia en que estuvo de guardia el señor juez, no nos pudimos poner de acuerdo el señor juez y yo...

EL JUEZ. Y no para ahí la cosa, sino que después de cinco minutos de dar voces, nos vemos obligados a buscar al sereno en una taberna donde estaba jugando al mus. Pero, ¿es que puede un sereno jugar al mus en una taberna?

EL FORENSE. ¡Si por lo menos hubiera sido un bar!

HORTENSIA. Perdone el señor juez... Abelardo ya salía a abrir. Si hubiese sabido lo que iba a pasar... Pero es que desde que se cierran los portales hasta la una de la madrugada no hay personal de vecinos y el sereno aprovecha para echar unas partidas.

EL JUEZ. Para echar unas partidas... (*Indignado*). ¡En mi vida he echado yo unas partidas, y me sé de memoria el Código de las Siete!

EL FORENSE. (*Explicativo*). De D. Alfonso X, el Sabio, sí, señor.

EL JUEZ. Y para colmo, entramos y nos encontramos en el lugar del suceso a una decena de personas riendo a más y mejor. ¿Es esto tolerable? ¿Es esto serio? ¿Es esto digno? (*Volviéndose al FORENSE*) En fin, don Casimiro, diga usted la verdad: ¿parece esto un suicidio?

EL FORENSE. No, señor; parece una verbena.

MIRABEAU. (*Avanzando aplomadísimo*) Un momento, señor juez... Con mis respetos y los respetos de todos los que callan, porque confían en la eficacia del verbo mío, necesito dar una explicación, señor juez. Y como confío en el verbo mío y como sé que el silencio de los demás da fuerza a mi verbo...

EL JUEZ. Pero, antes de nada, ¿cuál es el verbo de usted caballero?

EL FORENSE. Debe ser el verbo repetir.

MIRABEAU. Si nos ha encontrado riendo, señor juez, cosa que todos deploramos ya, como deplora el segador el pedrisco que agosta las mieses...

EL JUEZ. Sin retórica, haga el favor, que tenemos mucho trabajo por delante.

MIRABEAU. Si nos ha encontrado riendo ha sido contra nuestra voluntad, señor juez. En las horas más trágicas de la vida, parece como si el sistema nervioso reaccionase y se convirtiese en escudo de...

EL JUEZ. *(Dándose cuenta de que MIRABEAU es un pesado).* Muy interesante, muy interesante... Cuénteselo al señor médico forense, verá cómo le gusta... *(Se va hacia el diván, a examinar al SEÑOR GARCÍA)*

EL FORENSE. *(A MIRABEAU).* Sí, sí; cuéntemelo a mí... Se ha quedado usted en el momento en que el sistema nervioso reaccionaba y se convertía en escudo.

MIRABEAU. *(Continuando su párrafo).* Eso es. Como si reaccionarse y... *(Le sigue hablando aparte. EL FORENSE dice que sí con la cabeza)*

EL JUEZ. *(Contemplando al SEÑOR GARCÍA).* Bueno, perfectamente. *(Al OFICIAL).* Menéndez...

MENÉNDEZ *(En plena afonía)* A las órdenes del señor juez...

EL JUEZ. Vaya preparándose a trabajar en el sumario... *(El OFICIAL saca unos papeles de una carpeta. Al FORENSE).* ¡Don Casimiro!...

EL FORENSE. Mande usted.

EL JUEZ. Cuando usted guste puede reconocer al suicida.

EL FORENSE. *(Sin poder ocultar su gesto de desagrado).* Sí, señor, sí; en cuanto acabe su párrafo este caballero...

MIRABEAU. Si ya he concluido.

EL FORENSE. *(Aparte).* No importa, repítalo otra vez; era precioso... Empezaba con aquello de “en las horas más trágicas de la vida...” *(Sigue hablando aparte)*

EL JUEZ. Y enseguida comenzaremos las diligencias de inspección ocular, interrogatorios y reconstitución del hecho... *(Sensación en todos)*

HORTENSIA. ¡La reconstitución del hecho?

DELFINA. Van a reconstituir el hecho...

RAMONA. ¿Y eso qué es?

HIPO. Pues repetir lo que supone que ha ocurrido.

ABELARDO. Eso es... Repetir el suicidio.

RAMONA. ¿Y quién va a matarse ahora?

HORTENSIA. Mujer, ¡qué tontería!, nadie... Van a repetir el suicidio, pero fingido: de mentirijillas.

RAMONA. ¡Ah, ya, ya!

EL JUEZ. *(Volviendo a examinar de nuevo al SEÑOR GARCÍA)* A ver, señores... ¿Los dueños de la casa?

HORTENSIA. Yo soy, señor juez.

EL JUEZ. *(Amabilísimo).* ¡Señora, cómo celebro!...

HORTENSIA. Muchas gracias...

EL JUEZ. *(Que ha desarrugado el ceño del todo ante la belleza de HORTENSIA).* Y lo celebro, señora, porque ni mi edad ni mi cargo me impiden celebrar y festejar la belleza allí donde la encuentro...

HORTENSIA. ¡Oh, qué amable!

EL JUEZ. *(Autoritario)* ¡Una silla! ¡Una silla para esta señora! *(Revuelo en todos)*

ABELARDO. ¡Una silla!

DELFINA. ¡Una silla, pronto!

EL FORENSE. *(Que desde lejos estaba comiéndose con los ojos a HORTENSIA, deja a MIRABEAU con la palabra en la boca y se tira como un tigre a coger una silla)* ¡Una silla! ¡Una silla! *(Llegando el primero e inclinándose ante HORTENSIA)* Señora: una silla.

HORTENSIA. Muchísimas gracias, doctor; pero me encuentro tan nerviosa que creo que ya no podría estar sentada...

EL FORENSE. *(Mirándola encandilado)* Y si el señor juez festeja y celebra la belleza a pesar de su cargo, sepa usted, señora, que yo, precisamente por mi cargo y mis conocimientos del cuerpo humano, la festejo y la celebro también a más y mejor.

HORTENSIA. Tantísimas gracias.

EL FORENSE. *(Aparte)* ¡Está colosal!

HORTENSIA. Yo soy la dueña de la casa, señores, y este caballero *(por ABELARDO)* es mi prometido.

EL FORENSE Y EL JUEZ. *(Fríamente)* ¡Ah!

HORTENSIA. Pero como las cosas no se aclaren, estoy viendo que va a dejar de serlo para siempre, porque... *(Echándose a llorar de pronto)* ¡aaay, señor juez, soy muy desgraciada!...

EL JUEZ. Señora.... ¡Señora, por Dios!

EL FORENSE. ¡Uy, pobrecita!

ABELARDO. Hortensia...

HORTENSIA. *(Entre gemidos y sollozos)* Porque... resulta que... por culpa de este señor que ha venido a suicidarse aquí, él cree que yo..., que yo y ese señor... ¡Aaay, qué desgraciada soy!...

EL JUEZ. ¡Caramba, señora!. Pero, señora... ¡cálmese!.

EL FORENSE. ¿Quiere usted tila?

EL JUEZ. A ver, unas señoras que se hagan cargo de esta señora...

EL FORENSE *(Cogiendo a HORTENSIA).* Yo me haré cargo de ella, don Evelio.

DELFINA. Hortensia.

OLGA. Amiga mía... (*La cogen de manos del FORENSE y la llevan al sillón*).

EL FORENSE. (*Aparte*). ¡Vaya, ya me la han quitado! (*Yendo detrás, a HORTENSIA*).
¿Tila? ¿Agua de azahar? ¿Un poco de éter?

HORTENSIA. No, no, nada. No quiero nada. Muchas gracias, doctor.

EL JUEZ (*Encarándose con ABELARDO; duramente*) Y usted... ¿Cómo puede usted suponer de ella semejante infamia?

EL FORENSE. (*Revolviéndose y encarándose también con ABELARDO*) ¡Eso es! Usted ¿cómo puede suponer que de ella esa infamia? ¡Aunque fuera verdad, se aguanta uno! Cuando se trata de una mujer así de estupenda... ¡se aguanta uno! ¡¡Eso es!!

ABELARDO. Pero señores... Señor juez... Póngase en mi caso el señor juez... Ese hombre, muerto; muerto en esta casa, en donde sólo vive ella con las criadas...

EL JUEZ. ¡A callar! Ahora más que nunca urge aclarar lo sucedido aquí... (*Al OFICIAL*)
¡Menéndez, instálese usted! Una mesa para Menéndez. (*Le instalan una mesa para que escriba.*)

EL JUEZ. (*Al FORENSE*) Y usted, don Casimiro....

EL FORENSE. ¿Qué?.

EL JUEZ. Tenga la bondad de reconocer a la víctima; inmediatamente. (*Se pone a hojear los papeles del OFICIAL*).

EL FORENSE. (*Nerviosísimo. Entre diente*) Sí claro... Pues ¡eso, no! ¡Porque no, ea!... Eso es... ¡¡Yo, no!!.

MIRABEAU. ¿Qué le ocurre a usted, doctor?.

EL FORENSE. Que yo no reconozco al... A ese... Al... señor aquel... (*Señala al SEÑOR GARCÍA*).

DOÑA CARMEN. (*A MIRABEAU*) ¿Qué dice el forense?.

MIRABEAU. Dice que no quiere reconocer al muerto.

HIPO. ¡Es la primera vez que oigo una cosa igual!.

EL FORENSE. No señor, no le reconozco; porque a mí, suicidas, ¡no! Y aquel es un suicida... ¿Y suicidas, después de los de la calle de Espoz y Mina? ¡No! ¡Ah, no! ¡De ninguna manera! ¡No señor! (*Todos, menos el OFICIAL y el JUEZ, van acudiendo intrigados*).

HORTENSIA. ¿Qué dice, qué dice?.

TODOS. ¿Qué dice?.

MIRABEAU. Dice no sé qué cosas de la calle de Espoz y Mina. Yo creo que está un poco... (*Se barrena una sien*).

DOÑA CARMEN. Pero, doctor, no tendrá usted más remedio que cumplir con su deber...

EL FORENSE. Sí, señor; mi deber es reconocerle, porque soy forense. Pero, ¿sabe usted por qué soy forense? ¡Pues soy forense, porque no soy rentista, que si fuese rentista no sería forense!, ¡por éstas! (*Lo jura*) ¿Iba ser yo forense después de lo de la calle de Espoz y Mina? ¡Miau y miau!.

MIRABEAU. Pero, ¿qué le pasaría a este señor en la calle de Espoz y Mina para que maye de esta manera?.

DOÑA CARMEN. Yo estoy intrigadísima.

HIPO. Díganos, doctor...

DOÑA CARMEN. ¿Qué fue aquello?.

EL FORENSE. (*Asustado sólo de recordarlo*) ¿Lo de?...¡Casi nada fue lo de la calle de Espoz y Mina! Si les contase a ustedes lo que me pasó a mí con un suicida de la calle de Espoz y Mina, no dormían ustedes en tres noches...

MIRABEAU. Por lo que usted más quiera en el mundo, díganos lo que le sucedió, doctor...

EL FORENSE. Pues una noche.. No; sí, necesito contarle; necesito contarle para convencerme de que aquello no fue una pesadilla... Pues, una noche avisaron al Juzgado de la calle Espoz y Mina que un señor se había suicidado en su propio domicilio...

RAMONA. ¿En qué calle, en qué calle? (*Indignación de todos*).

HORTENSIA. ¡Ramona!

DELFINA. ¡Pero, Ramona!

HIPO. ¡Esta mujer parece tonta!

MIRABEAU. Hay que fijarse en lo que se habla, joven... ¡no ha oído usted que en la calle de Cedaceros?...

TODOS. Espoz y Mina.

MIRABEAU. ¡Digo!... ¿Qué en la calle de Espoz y Mina?.

EL FORENSE. Cuando yo acudí, el juez no estaba allí aún, porque había tenido que ir antes a un incendio. Llegué. La casa era triste y lóbrega. Era en el último piso, y la escalera, tortuosa y empinada. Subíamos el sereno y yo, y míos pasos sonaban ¡tac, tac!, y los del sereno, ¡plom! ¡plom!.

HORTENSIA. ¡Dios mío!.

MIRABEAU. Es que se ve subir al sereno, ¿eh?.

HIPO. Se ve hasta el farol.

EL FORENSE. El suicida, que estaba en la miseria, se hallaba en una habitación de techo abuhardillado y telarañoso. Parece que le estoy contemplando, tirado de bruces en un sillón... En la calle, llovía y relampagueaba. Me acerqué, y cuando ya estaba a su lado, entonces, ¡se apago la luz!.

HORTENSIA. ¡Oh!.

DELFINA. ¿Se apagó la luz?.

EL FORENSE. Sí; se apagó la luz. Sin poderlo evitar, retrocedí temblando. Fueron unos segundos de angustia. Por fin, pude preguntar: “¿Qué ocurre?” Y el sereno repuso: “Perdone usted, señorito, es que me he apoyado sin querer en la llave, que estaba floja”. (*Todos respiran*).

HORTENSIA. ¡Ah!

ABELARDO. ¡Claro! Era que estaba floja la llave...

EL FORENSE. Y ahora viene lo más horrendo, lo más espantoso... Encendimos la luz de nuevo, me rehice y me acerqué otra vez al suicida. El sereno se acercó también. Y ya iba yo a ponerle una mano encima..., cuando..., cuando se ¡levantó!

RAMONA. ¡Oooh! (*Sensación*).

HORTENSIA. ¿El suicida?.

DELFINA. ¿El suicida?.

ABELARDO. ¿El suicida se levantó?.

EL FORENSE. Sí; se levantó del sillón. Y se levantó diciendo lo que se dice siempre en esos casos; diciendo: “¿Dónde esstoy?”.

HORTENSIA. ¡Virgen Santa!.

MIRABEAU. Que no estaba muerto, claro...

ABELARDO. ¡Claro!.

HIPO. ¿Fue un caso de catalepsia?.

EL FORENSE. Fue un caso de mala pata; porque cinco minutos después se moría de veras y me pudo evitar aquel trago. Pero desde entonces, a mí, suicidas, no. Yo no reconozco suicidas. No los reconozco más que de lejos y con la nariz... (*Tocándose la nariz*). Sólo con la nariz. Hago así... (*Olfatea*) Hago así, y ya está. Afortunadamente, yo tengo mucha nariz.

HIPO. (*Mirándole a la cara, aparte*) ¿¿Pues no dice que tiene mucha nariz!...?

EL FORENSE. Los suicidas... ¡hummm! A mí que no me digan: los suicidas nunca está muertos del todo.

DAMIÁN. (*En su grupo, a RAMONA*) ¡¿Pues mira que si también nuestro suicida resulta de los que se arrepienten del cargo!!.

TODOS. ¡Chits, chits!...

RAMONA. ¡Calle, hereje!.

EL JUEZ. (*Que ha concluido de repasar los papeles, avanzando al centro*). Bueno. Vamos allá. Demos comienzo a las diligencias. Siéntense, señores. (*Todos obedecen menos la servidumbre. Al FORENSE*) Don Casimiro, ¿ha reconocido usted ya a...?.

EL FORENSE. No, don Evelio; todavía, no. Voy enseguida. Es que... Es que está acabando uno de sus párrafos este caballero. (*Agarrando por un brazo a MIRABEAU; aparte*) Por lo que más quiera, empiéceme usted un párrafo. (*Alto, al JUEZ*) Está acabando un párrafo divino. (*Aparte, a MIRABEAU*) Siga usted, que yo ya estoy a oscuras...

MIRABEAU. (*Sin saber qué decir*) Pues eso..., que cuando se funde el color y cuando se funde la luz... (*En ese instante, la escena queda a oscuras. Se oyen voces y exclamaciones de “¿Qué pasa?”, “¡la luz!”, “¡la luz!”, y dominándolo todo, la voz del FORENSE, diciendo: “¡Como en la calle de Espoz y Mina! ¡Cómo en la calle de Espoz y Mina!” Enseguida se enciende la luz de nuevo*)

EL FORENSE. (*Temblando*) ¡Igual! ¡Igual que en la calle de Espoz y Mina! (*Todos están muy impresionados*).

EL JUEZ. (*Enérgico*) ¿Qué ha ocurrido? ¿Quién ha apagado?.

DAMIÁN. ¡¡Señor juez!!.

EL JUEZ. ¡Sin gritos; ya le dije en el Juzgado que al Juez no se le grita! ¿Qué ha ocurrido?.

DAMIÁN. ¡¡Perdone el señor juez!! ¡¡Decía que se ha apagado la luz, porque... porque me he apoyado en la llave que... está floja!!.

EL FORENSE. ¡¡Mi madre!! (*Medio se cae*).

MIRABEAU.(*Sosteniéndolo*) ¡Señor forense!.

EL FORENSE. ¿Ha oído usted?. ¡Igual, todo igual que en la calle de Espoz y Mina!.

MIRABEAU. Sí, pero tenga valor...

EL JUEZ. (*A DAMIÁN*) ¡Retírese de la puerta y no se apoye en las paredes! Queda terminado el incidente. (*A HORTENSIA, haciendo una transición*) A ver, señor, y usted persone. Tenga la bondad de hacerme un relato del hecho e indíqueme las personas que lo presenciaron.

HORTENSIA. Pues, en realidad, señor Juez, el hecho no fue presenciado por nadie, ya que al ocurrir estábamos todos en el antecomedor, al fondo de ese pasillo. (*Señala el foro*).

EL FORENSE. (*Entre dientes*) Como en la calle de Espoz y Mina: la luz, la llave..., igual.

EL JUEZ. ¿Y quiénes eran los que se hallaban con usted?.

HORTENSIA. Estaba conmigo mi prometido.

ABELARDO. Servidor de usted, señor Juez.

EL FORENSE. (*Como antes*) La llave, la luz... Igual que en Espoz y Mina...

HORTENSIA. Y nos acompañaba un amigo de toda la vida, el señor Satrústegui.

HIPO. (*Adelantándose al JUEZ*) Servidor. Pero el señor juez puede llamarme Hipo. Todo el mundo me llama Hipo. Médico de profesión, señor juez.

EL JUEZ. ¡Ah! Es usted médico... (*Amable*) Entonces su Hipo es Hipo de Hipócrates...

HIPO. (*Humilde*) No, señor. Por desgracia, sólo es Hipo de Hipólito.

EL FORENSE. Bueno, pero peor sería que fuese Hipo de Hipódromo...

HIPO. ¿Cómo? ¿Qué?.

EL FORENSE. No, nada. (*Aparte*) Pues ya no sé lo que me digo.

EL JUEZ. ¿Y qué otras personas había en la casa?.

HORTENSIA. En el comedor sirviendo la cena estaba Ramona, la doncella.

RAMONA. Servidora.

EL FORENSE. Pero, ¿la doncella se llama Ramona de verdad?.

HORTENSIA. ¿De verdad? Sí, claro.

EL FORENSE. No. Verá usted... Es que podía ser como en mi casa, que tenemos una doncella que se llama Luisa y la llamamos Ramona.

EL JUEZ. ¿Y por qué la llaman Ramona?.

EL FORENSE. Porque la tocaba todo el mundo. (*Risas*).

EL JUEZ. (*Severo, cortando las risas*) ¡Vamos, señores, vamos! ¡Vamos, don Casimiro! (A *HORTENSIA*) ¿Y nadie más había en la casa en el momento de ocurrir el suceso?.

HORTENSIA. Nadie más, señor juez.

EL JUEZ. Entonces, ¿todas estas señoras y estos caballeros?.

HORTENSIA. Son vecinos. Vecinos que han tenido la amabilidad de entrar al enterarse de lo ocurrido.

EL JUEZ. (*Al FORENSE, aparte*) ¿Pero usted ve esto?. ¿Pero usted ve esto, don Casimiro? Aquí tiene usted seis personas que han aprovechado el suicidio de un infeliz para pasar entretenidas la noche.

EL FORENSE. ¡Toma! Y si las dejamos presenciar la autopsia, reparten programas...

EL JUEZ. En fin... Tenga la bondad de seguir refiriendo los hechos, señora. Si algunos de ustedes pueden añadir un dato, por insignificante que sea, que lo añada en el momento oportuno; y procuren hablar claro para que les entienda el oficial. (*El OFICIAL DEL JUZGADO escribe todas las declaraciones*).

HORTENSIA. Pues, nada, señor juez..., que cuando estábamos todos en la situación ya dicha y aprovechando que habíamos dejado abierto el balcón de esta salita (*Señalando la puerta de la derecha*) para que saliese el humo...

EL JUEZ. (*Al FORENSE*) Pero, don Casimiro, ¿quiere usted hacerme el favor de reconocer de una vez a la víctima?.

EL FORENSE. Sí, señor, sí; ahora mismo. Antes voy un momento a la salita a examinar el balcón por donde tenía que salir el humo (*Aparte*) ¡Y ahora el humo voy a ser yo! (*Inicia el mutis derecha*)

HIPO. (*Uniéndose a él*) Verá usted; yo le explicaré...

EL FORENSE. (*Aparte; en el mutis con HIPO*) Éste me va a estropear la salida de humo. (*Se van*).

EL JUEZ. (*A DAMIÁN*) Y usted, portero... Mientras vuelve el señor forense, registre a la víctima y todo lo que tenga en los bolsillos póngamelo en esta mesa.

DAMIÁN. ¡¡Sí. Señor juez!! (*Registra al SEÑOR GARCÍA, puesto de espaldas al público*).

EL JUEZ. (*A HORTENSIA*) Siga usted, señora.

HORTENSIA. Y en aquel momento todos oímos unos tiros.

EL JUEZ. ¿Cuántos tiros?.

HORTENSIA. Cinco.

ABELARDO. (*Interviniendo*) Perdón; fueron dos; dos tiros nada más, señor juez.

HORTENSIA. Cinco, Abelardo.

ABELARDO. Te digo que fueron dos.

EL JUEZ. ¿En qué quedamos?.

EL FORENSE. (*Entrando otra vez por la derecha, siempre seguido de HIPO y muy fastidiado; aparte*) Nada; no hay forma de que me deje solo.

DAMIÁN. *(Interrumpiendo un instante al registro)* ¡¡La verdad es que fueron seis tiros, señor juez!!.

DELFINA. Seis; en dos grupos de tres.

DOÑA CARMEN. Seis; pero dos primero y luego cuatro.

OLGA. Fueron primero cuatro y luego dos.

HIPO. Cuatro tiros, sonaron cuatro tiros.

ABELARDO. ¡Dos!

RAMONA. Han sido siete.

MIRABEAU. ¡Así se escribe la historia! Señor juez, créame a mí; no se oyó más que un tiro.

EL FORENSE. Yo no he oído ninguno.

HIPO. ¡Pero usted qué sabe, si usted no estaba en casa! Han sido cuatro.

EL JUEZ. *(Al FORENSE)* Don Casimiro, en cuanto el portero acabe el registro, reconózcame a la víctima, ¡hombre!, que estos señores no se ponen de acuerdo en los tiros.

EL FORENSE. Habiendo tiros siempre pasa igual. Por eso a mí los únicos tiros que me gustan son los de dinamita.

DAMIÁN. ¡¡La pistola!!.

EL FORENSE. ¡La pistola! ¡Uy, la pistola!

HIPO. Ya ha aparecido la pistola...

DAMIÁN. ¡¡Estaba en el diván!!.

EL FORENSE. Traiga usted; ahora veamos los tiros que se han disparado. *(Coge la pistola y maniobra en ella, sacando el cargador. Todos le rodean curiosos.)*

TODOS. A ver.

EL FORENSE. Bueno, pues en la pistola no hay más que dos cápsulas.

EL JUEZ. Entonces está claro.

EL FORENSE. Clarísimo, porque considerando que en estas pistolas caben seis balas, resulta que los tiros igual han podido ser cuatro, que tres, que dos, que uno.

EL JUEZ. Reconózcame a la víctima, y por las heridas sabremos...

EL FORENSE. Sí, sí; ahora voy. ¡¡Ah!!.

TODOS. ¿Qué, qué?

EL FORENSE. La pistola tiene una inscripción.

EL JUEZ. ¿Una inscripción?

TODOS. A ver...

ABELARDO. ¿Qué dice?

EL FORENSE. Dice... No lo leo bien. Dice... *(Aparte)* ¡Señor, que dé tiempo a que ocurra algo para que no tenga que reconocerlo!

EL JUEZ. ¡Vamos, don Casimiro! ¿Qué dice la inscripción?

EL FORENSE. Dice...*(Aparte)* ¡Qué ocurra algo, Dios mío! *(Alto)* Dice... “FÁBRICA NACIONAL DE ARMAS. EIBAR. GUIPÚZCOA”.

EL JUEZ. ¡Hombre, don Casimiro, caramba!

DAMIÁN.*(Que ha acabado de registrar los bolsillos del SEÑOR GARCÍA)* ¡¡Ya no tiene nada en los bolsillos, señor juez!! ¡¡Aquí, en la mesa, está todo lo que le he encontrado!!.

EL JUEZ. *(Yendo hacia la mesa).* Veamos.

EL FORENSE. Sí, sí.. Vamos a verlo detenidamente; muy detenidamente... *(Se va detrás del JUEZ)*

EL JUEZ. Lea, Menéndez.

EL OFICIAL. *(Leyendo lo escrito, siempre afónico)* “EN EL PRIMER REGISTRO PRACTICADO A LA VÍCTIMA, ETC., ETC., LE FUERON ENCONTRADOS LOS OBJETOS DE USO PERSONAL, PAPELES Y DOCUMENTOS, ETCÉTERA, ETC., QUE SE EXPRESAN A CONTINUACIÓN EN EL PRESENTE SUMARIO, ETC., ETC...”.

EL JUEZ. Bueno. Escriba. *(Cogiendo las cosas que va diciendo de encima de la mesa y dictando a MENÉNDEZ la descripción d ellos objetos).* Una pitillera, al parecer de plata...

EL FORENSE. De latón, don Evelio.

EL JUEZ. Una pitillera, al parecer de latón, vacía, y en cuya tapa hay grabadas las iniciales R.I.P.

EL FORENSE. Que son unas iniciales para animar a un suicida... *(Cogiendo cosas él también de encima de la mesa).* Yo le ayudaré, don Evelio. Un pañuelo con vainica hecha a máquina, de los de seis 3,50.

HORTENSIA. ¡Qué barato!

DELFINA. ¡Pobre señor!

EL JUEZ. Un monedero de cuero conteniendo ochenta y cinco céntimos.

HORTENSIA. ¡Pobre, pobre!

EL JUEZ. Ocho palillos de dientes en mediano uso.

EL FORENSE. Una carta sin sobre, al parecer dirigida al muerto y que dice así: “AMIGO GARCÍA...”.

DELFINA. Se llama García...

HORTENSIA. ¡Pobrecito! Hasta se llamaba García.

EL FORENSE.*(Leyendo)* “AMIGO GARCÍA: ESTOY YA HASTA LA CORONILLA...”

EL JUEZ. ¿Quién firma la carta?

EL FORENSE. Firma... *(Leyendo)* “NEMESIO LÓPEZ, PRESBITERO...” “ESTOY YA HASTA LA CORONILLA DE QUE SE NIEGE USTED A DEVOLVERME AQUELLAS 300 PESETAS QUE LE PRESTÉ EN MAYO, SABIENDO USTED LA MALA SITUACIÓN POR QUE AHORA ATRAVIESO Y CONSTÁNDOLE QUE NUNCA LE HABRÍA RECORDADO ESTA DEUDA...”.

HORTENSIA. Y tenía deudas...

EL FORENSE. “Y, POR ÚLTIMA VEZ, LE RUEGO ENCARECIDAMENTE QUE SE SIRVA ENVIÁRMELAS A LA MAYOR BREVEDAD, CON LO QUE LE QUEDARÁ AGRADECIDO SU AMIGO DE SIEMPRE, NEMESIO LÓPEZ, PRESBITERO.!”

EL JUEZ. Que se una esta carta al sumario. Me parece que esto va aclarándose. El suicidio debió de obedecer a desastres económicos.

ABELARDO. ¡Ojalá sea así, señor juez! Pero y entonces..., ¿por qué eligió la casa de mi prometida para matarse?.

EL JUEZ. Ya lo sabremos, ya lo sabremos...

EL FORENSE. Un mechero automático, en buen uso..., pero que... (*Haciendo funcionar el mechero*) pero que no enciende...

MIRABEAU. Como todos...

HIPO. Como todos...

EL JUEZ. Un estuche conteniendo unas gafas a las que le falta un cristal.

HORTENSIA. ¡Ay, qué desastre de hombre!...

EL FORENSE. Un sobrecito de los de tarjeta en donde se lee la palabra CAPICÚAS.

EL JUEZ. ¿Capicúas?.

TODOS. ¿Capicúas?.

EL FORENSE. Y en cuyo interior hay (*Contando*) uno, dos, tres, cuatro... Siete billetes de tranvía de diferentes líneas.

HORTENSIA. Coleccionaba capicúas.

DELFINA. Pobre señor...

HIPO. Era un infeliz.

EL FORENSE. Y cuyos números son: “402, 638, 1.500, 3.729, 266...” Pues resulta que no es capicúa ninguno...

EL JUEZ. ¡Pero, hombre!

HORTENSIA. ¿Es posible?.-

HIPO. Era un idiota.

EL FORENSE. ¡Ah, sí, sí! Hay un capicúa, hay un capicúa... El 26.226.

HIPO. Tampoco es capicúa. Tenía que acabar en 62.

EL FORENSE. Pues tiene usted razón; tampoco es capicúa.

HIPO. No acertaba ni por casualidad.

DAMIÁN. ¡¡A lo mejor se ha matao por eso!!.

EL JUEZ. ¡Silencio! (*Siguiendo el inventario*) Una cartera de piel de Ubrique, muy usada y conteniendo varios documentos y 5.725 pesetas en billetes.

EL FORENSE. ¡Caramba!.

HIPO. Pues no era tonto.

HORTENSIA. ¡Qué iba a ser tonto!.

DELFINA. Mas de mil duros...

EL FORENSE. Lo de los capicúa lo haría por broma.

ABELARDO. ¿Ve usted, señor juez, cómo no se ha matado por falta de dinero?.

EL JUEZ. Bueno, bueno; calma, calma...

MIRABEAU. Y teniendo dinero, ¿por qué no le pagaba los sesenta duros al presbítero?.

HIPO. Puede que se lo impidiesen sus ideas políticas.

EL JUEZ. Un paquete de azúcar, intacto, en cuya etiqueta se lee GRANJA DEL HENAR.

HORTENSIA. Tomaba café en la Granja.

DELFINA. Y sin azúcar

EL FORENSE. Y por último...¡Ah!.

TODOS. ¿Qué, qué?.

EL FORENSE. Otro papelito... Un papel firmado por el suicida y que dice: "QUE NO SE CULPE A NADIE DE MI MUERTE, SEÑOR JUEZ; ME MATO POR PROPIA VOLUNTAD, Y CON EL CORAZÓN DESTROZADO POR UN DESENGAÑO... LA MUJER QUE LO FUE TODO EN MI EXISTENCIA, VA A CASARSE CON OTRO; POR ESO ELIJO SU CASA PARA MATARME..." (*Sensación general*).

ABELARDO. (*Desesperado*) ¡Ah! ¿Lo ve usted, lo ve usted, señor juez?.

HORTENSIA. ¡Dios mío!.

DELFINA. ¡Virgen Santa!.

HIPO. ¡Atiza!

DOÑA CARMEN. ¡Vaya por Dios!.

DELFINA. (*A DOÑA CARMEN*) ¿Lo ve?.

OLGA. ¡Infeliz!.

(*Todo muy rápido*).

DAMIÁN. ¡¡Cuando yo decía que había lío!!

ABELARDO. (*Desesperadísimo*). ¡Si ya me parecía a mí! ¡Si por algo dudaba yo! (*A HORTENSIA*) ¡Infame! ¡Haberme ocultado eso!.

HIPO. Abelardo, ten calma...

HORTENSIA. ¡Es mentira! ¡Te juro que es mentira! ¡¡Ay, Dios mío, yo voy a morir de vergüenza!!...

EL FORENSE. Señora, no se muera usted, que no vale la pena...

DELFINA. Hortensia.

RAMONA. Señorita... (*Se la llevan al sillón de siempre*).

ABELARDO. ¡Bruto de mí! Pero, ¿en qué estaba yo pensando? ¿Se convence usted, señor juez? ¿Se convence usted?.

MIRABEAU. Vamos, Abelardo... Hay que ser hombres.

EL JUEZ. Caballero. Valor. Todo me lo explico; todo lo comprendo. Y créame que lo deploro de veras. Pero la Justicia no reconoce obstáculos; y yo necesito acabar de cumplir con mi deber. Ya es cuestión de poco tiempo. Le suplico que aplace la resolución de sus conflictos sentimentales hasta que se hayan llevado a cabo las últimas diligencias.

HIPO. *(Llevándose aparte a ABELARDO)* Abelardo, amigo mío, no te preocupes. Luego tienes una explicación con Hortensia; la abandonas, y mañana te vas a Valladolid con tu hermano.

ABELARDO. ¿pero y qué hago yo en Valladolid con lo enamorado que estoy de ella? ¡Me ha hecho polvo la vida, la infame!

HORTENSIA. Es mentira, Delfina; te juro que es mentira... *(Llora)*

EL JUEZ. Ea, señores: les ruego a todos que se sobrepongan a las circunstancias. Procedamos a la reconstitución del hecho, y enseguida don Casimiro me reconoce a la víctima.

EL FORENSE. Sí, sí; pero primero la reconstitución...

EL JUEZ. A ver. *(A HORTENSIA)* Ustedes, al oír los tiros, entraron por aquella puerta, ¿verdad? *(El foro).*

HORTENSIA. *(Secándose las lágrimas y levantándose)* Sí, señor juez; por aquella puerta.

EL JUEZ. Pues tengan la bondad de salir todos... ¡Vamos!

MIRABEAU. ¿Todos?

EL JUEZ. Todos, todos. *(Van saliendo todos por la puerta del foro)* Quédense ahí. *(Quedan agrupados en el foro).* Bueno, Los que estaban en la casa al ocurrir el suceso, que se coloquen en la primera fila para volver a entrar conmigo y que yo vea cómo fue. *(Se colocan en primera fila HORTENSIA, RAMONA, ABELARDO e HIPO).*

EL FORENSE. *(Metiendo cucharada)* ¡Así! Quietos...

DAMIÁN. ¡¡Parece que va a retratar a un orfeón!!

DOÑA CARMEN. ¿Quiere callarse?

EL JUEZ *(AL OFICIAL)* Usted, Menéndez, salga también. *(MENÉNDEZ abandona la salita)* La luz del pasillo *(Señalando la izquierda)* ¿estaba encendida o apagada?

HIPO. Apagada, señor juez.

EL JUEZ. Pues apáguela, Menéndez. *(MENÉNDEZ se va por la izquierda, simula apagar la luz del pasillo, vuelve a entrar y se une al grupo del foro)* Y esta otra luz. *(Por la de la derecha)* tiene que estar apagada también. ¿Quién de ustedes encendió la luz al entrar?

HIPO. Yo, señor juez.

EL JUEZ. Pues usted volverá a encenderla ahora. Que cada cual procure hacer exactamente lo que hizo al ocurrir el hecho, ¿eh?

TODOS. Sí, sí.

EL JUEZ. Pues vamos. *(Apaga la luz, se une al grupo y cierra la puerta del foro. La escena queda sola y totalmente a oscuras. Se oye dentro la voz del JUEZ).* ¡Prevenidos! ¡Imaginemos

que ahora suenan los tiros! (*En ese instante suena una detonación. Hay un silencio brevísimo, y enseguida suena un griterío detrás de la puerta del foro, se abre la puerta violentamente y salen todos en medio de la mayor confusión*). ¿Quién ha disparado?. ¡Luz, luz! ¿Qué es esto? (*Se enciende la luz. Todo está igual en escena; el SEÑOR GARCÍA sigue en el diván; no parece haber ocurrido nada. Estupefacción en todos*) Pero ¿quién ha disparado ahora? ¿Quién?

EL FORENSE. (*Temblando*) ¡Ay, que eso no ocurrió en la calle de Espoz y Mina! ¡Ay, que todavía es peor esto!

EL JUEZ. Pero, ¿quién ha disparado aquí?.

MIRABEAU. ¡Es para volverse loco!

RAMONA. ¡Ay, qué miedo, señoritos! (*Suena otro tiro*).

EL JUEZ. ¡Otro tiro! (*Todos se miran unos a otros en el colmo de la angustia*).

HIPO. A ver si es en la calle...

EL JUEZ. ¡Al balcón!

ABELARDO. ¡Al balcón!

MIRABEAU. ¡Al balcón! (*Se van escapando por la derecha el JUEZ, MIRABEAU, ABELARDO, HIPO, DAMIÁN Y EL OFICIAL. Quedan en escena el FORENSE y las señoras, las cuales le rodean aterradas y con las miradas fijas en el SEÑOR GARCÍA*).

HORTENSIA. Doctor...

DELFINA. Doctor... ¡No nos deje solas!

RAMONA. ¡Doctor, por la Virgen!

EL FORENSE. (*Tartamudeando, aterrado*). Pero... ¿tienen ustedes miedo? ¿Es posible que tengan ustedes miedo? ¡Cualquiera diría que ocurre algo extraordinario!... (*Aparte*) ¡Peor!... ¡Mucho peor que en la calle de Espoz y Mina! (*Alto, esforzándose por parecer tranquilo*) Pero, señoras... Si esto... si esto le ocurre a cualquiera... (*Aparte*) ¡Esto le ocurre a cualquiera y se muere!...

HORTENSIA. Doctor, por Dios...

DELFINA. Doctor...

EL FORENSE. ¡Ya salen! (*Por la derecha entran de nuevo el JUEZ y los demás personajes*).

EL JUEZ. ¡Vamos, hombre!...

LAS MUJERES. ¿Qué?.

EL JUEZ. Un neumático...

HIPO. Un neumático que ha estallado...

EL JUEZ. El chófer, que está ahí parado con su "auto", que se le revientan los neumáticos. Don Casimiro: sin dilación, reconozca usted al cadáver del señor García.

EL FORENSE. ¿Qué?.

EL JUEZ. Nos hallamos ante un suicidio misterioso. No sabemos de qué ha muerto el señor García.

EL FORENSE. ¡Caramba!. Ha muerto a tiros; la pistola, el...

EL JUEZ. No, señor; no ha podido morir a tiros, porque en la casa no se ha disparado ningún tiro esta noche.

EL FORENSE.*(Más asustado que nunca)* ¿Qué no se ha disparado ningún tiro en la casa?

EL JUEZ. Ninguno. Me lo ha asegurado ese chófer. Lleva desde las once arreglando unas cámaras que tiene en malísimo estado e hinchándolas se le han reventado cinco. Tres consecutivas a las once y media de la noche: las detonaciones que se oyeron primero; y luego otras dos, hace un momento: las que acabamos de oír.

EL FORENSE. ¿Entonces?.

EL JUEZ. Que no sabemos de qué ha muerto ese señor. Y hay que saberlo. Vamos, venga, don Casimiro. Hágale un reconocimiento minucioso.

EL FORENSE. ¿Yo?. ¿Un reconocimiento minucioso, yo?.

EL JUEZ. ¡Usted, claro que usted! ¿Por qué está usted aquí, sino es para...?.

EL FORENSE. Sí, sí; eso es... ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué estoy aquí? *(Aparte)* (¿Por qué no me he ido a visitar las Vascongadas?) *(Alto)* Pues... nada... enseguida, don Evelio... enseguida... *(Se acerca aterrado al SEÑOR GARCÍA, todavía con la pistola en la mano. Aparte)* (¡Cristo de Limpias, que no ocurra como en la calle de Espoz y Mina! ¡Virgen del Pilar, que no se levante! Bueno, si se levanta... Si se levanta, ¡¡lo mato!!) *(Se acerca, se acerca más. Y cuando ya va a tocarle, el SEÑOR GARCÍA, se incorpora).*

TODOS. ¡¡Aaaaay!! *(Gritos, alaridos, voces de espanto).*

EL FORENSE. ¡Que se ha levantado! ¡¡Que se ha levantado!! *(Todos huyen por las tres puertas; y en la escena queda sólo el SEÑOR GARCÍA, que, sentado en el diván, se pasa una mano por los ojos.*

TELÓN RÁPIDO.

ACTO TERCERO

La misma decoración utilizada para los actos anteriores.

Al levantarse el telón, todo se halla exactamente igual a como se hallaba cuando el telón bajó. En la escena está únicamente el SEÑOR GARCÍA, sentado en el diván y con el aspecto de quien es víctima de una pesadilla.

Hay unos instantes de pausa y por el foro, con bastantes precauciones, asoma la cabeza el JUEZ. Detrás de él, en un segundo término, aparecen el OFICIAL DEL JUZGADO y DAMIÁN. El JUEZ, sin moverse de la puerta, le llama la atención al SEÑOR GARCÍA.

EMPIEZA LA ACCIÓN

EL JUEZ. *(Desde la puerta al SEÑOR GARCÍA)* ¡Pchst, caballero!... *(Al OFICIAL y a DAMIÁN, conteniéndolos)* Quietos... Quietos, que he conocido muchos suicidas frustrados que se han vuelto locos...

EL OFICIAL. ¡Demonio!

DAMIÁN. ¡¡Caray!!

EL JUEZ.*(Al SEÑOR GARCÍA)* ¡Pchst, caballero!.

EL OFICIAL. *(Al JUEZ, y tan afónico como de costumbre)*¿Contesta?.

DAMIÁN. *(Al OFICIAL y dando los alaridos de siempre).*¡¡¿Contesta?!!

EL JUEZ. *(Volviéndose al OFICIAL)* No contesta...

EL OFICIAL. *(Volviéndose a DAMIÁN)* No contesta.

DAMIÁN.*(Volviéndose a alguien que se supone que está dentro)* ¡¡No contesta!!.

EL JUEZ. *(Dirigiéndose otra vez al SEÑOR GARCÍA)* ¡Pchts! ¡Pchts, señor suicida!...

GARCÍA. *(Siempre con su aire atontado)* ¿Eh? ¿Es a mí? ¿Quién llama?

EL OFICIAL.*(El JUEZ)* ¿Qué dice?.

DAMIAN. *(Al OFICIAL)* ¡¡¿Qué dice?!!

EL JUEZ. *(Volviéndose al OFICIAL).* Dice que quién llama.

EL OFICIAL. *(Volviéndose a Damián)* Dice que quien llama.

DAMIÁN. *(Volviéndose a alguien que se supone que está dentro).* ¡¡Dice que quién llama!!.

EL JUEZ. *(Al SEÑOR GARCÍA)* Soy yo. El juez.

GARCÍA. ¿El juez? ¿Qué juez?.

EL JUEZ. El juez de guardia.

GARCÍA. ¿De qué guardia?.

EL JUEZ. ¡Pobre hombre! Loco del todo puede que no esté; pero indudablemente ha quedado mal de la cabeza.

EL OFICIAL. ¿Qué dice Usía, señor juez?.

DAMIÁN. *(Al OFICIAL)* ¿Qué dice el juez?.

EL JUEZ. *(Volviéndose al OFICIAL)* Que debe de estar mal de la cabeza...

EL OFICIAL. *(Volviéndose al DAMIÁN)* Que está tonto perdido...

DAMIÁN. *(Volviéndose al que se supone que está dentro).* ¡¡Que es un idiota!!.

EL JUEZ. *(Al SEÑOR GARCÍA)* Oiga usted, señor García...

GARCÍA. *(Pensativo)* ¿García? García... García... ¿Dónde he oído yo otra vez ese nombre?... García... García...

EL JUEZ. *(Aparte)* (Se le ha olvidado hasta el apellido...).

GARCÍA. *(Dándole vueltas a la cabeza)* García... García... ¿No era mi padre?.

EL JUEZ. *(Aparte, tristemente)* (Nada... no rige).

GARCÍA. *(Esforzándose por razonar)* Pero... si mi padre se llamaba García, yo tengo que lla... marme García también...: Y eso, que no; porque, después de todo, mi padre se llamaba Indalecio y yo creo que me llamo Emiliano.

EL JUEZ. *(Aparte)* (¡Está hecho polvo!).

EL OFICIAL. *(Al JUEZ)* Señor juez..., ¿se fija Usía en los ojos que pone?.

EL JUEZ. Sí. La imbecilidad barniza sus párpados.

EL OFICIAL. Mire el señor juez que si luego resultase que se había muerto de veras, y que... el que ahora está hablando fuese en espíritu...

EL JUEZ. ¡Pero, hombre, Menéndez!... ¿Usted cree que los espíritus ponen esa cara de primo?.

DAMIÁN. ¡¡Claro que no!! ¡¡No tienen un padre que se llame Indalecio!!

EL JUEZ. Hagamos una prueba... *(Al SEÑOR GARCÍA)* Caballero.

DAMIÁN. ¡¡Caballero!! ¡¡¿Está usted vivo?!.

GARCÍA. ¿Vivo? Sí; creo que sí...

EL JUEZ. ¿No le duele a usted nada?.

GARCÍA. No, no... Vamos... Me parece que no...

EL JUEZ. ¿Ni las heridas?.

GARCÍA. No, señor; tampoco me duelen las heridas.

EL JUEZ. ¿Cuántas tiene usted?.

GARCÍA. Ninguna.

DAMIÁN. ¡¡A ver si es por eso por lo que no le duelen!!.

EL JUEZ. *(Entrando y avanzando hacia GARCÍA)* ¿Está usted seguro de no tener heridas, caballero?.

GARCÍA. *(Tocándose el cuerpo)* Yo no noto ninguna.

EL JUEZ. Pero... ¿no las tendrá usted debajo del traje? Las heridas se tienen siempre debajo del traje.

GARCÍA. Debajo del traje... Sí; claro... A lo mejor, las tengo debajo del traje... No sé... No sé..., me parece que la cabeza no me rige.

EL JUEZ. ¿Usted cree que no le rige? ¡Ah! Pues si usted cree que no le rige, entonces es que le rige.

GARCÍA. ¿Si yo creo que no me rige es que me rige?.

EL JUEZ. ¡Claro! ¿No ve usted que la verdad es que no le rige?.

GARCÍA. Perdóneme usted que me haga un lío... Pero es que no sé lo que tengo... *(Pasándose una mano por los ojos)* No sé qué tengo... *(Encarándose con el JUEZ)* Diga usted, caballero... ¿usted es uno o cuatro?.

EL JUEZ. Uno.

GARCÍA. Pues yo le miro y veo cuatro. Y allí, en la puerta *(Por el foro)* ¿cuántos señores hay, cinco o seis?.

EL JUEZ. Dos.

GARCÍA. Pues yo veo ocho.. ¡Digo, no! *(Mirando al foro)* ¡Diez! Veo diez.

DAMIÁN. *(Aparte al OFICIAL)* ¡¡Éste, cuando vea un sexteto, se va a creer que ve la Sinfónica!!...

GARCÍA. *(Al JUEZ)* ¡Ay, caballero!... ¡Ay, qué malo me pongo!... ¡Ay, que se me va la cabeza, que se me va la cabeza!...

EL JUEZ. *(Mientras sujeta a GARCÍA para que no se caiga, al OFICIAL y a DAMIÁN, que han acudido a ayudarle)* ¡Pronto, el médico! ¡El forense, que venga!.

DAMIÁN. *(Llamando)* ¡¡Ramona!! ¡¡Si está ahí fuera la Ramona, sólo que la da miedo entrar!! ¡¡Ramona!!.

EL JUEZ. Señor García...

EL OFICIAL. ¡Ánimo, señor García!.

GARCÍA. ¡Que se me va la cabeza cada vez más!.

EL JUEZ. Sujétesela hasta que venga el médico, caballero...

DAMIÁN. ¡¡Ramona!! *(En el foro aparece RAMONA, que mira la escena con los ojos muy abiertos).*

RAMONA. *(Entre hipos nerviosos)* Qué... ¿Qué le pasa a ... a ese señor?.

EL JUEZ. ¡A escape! Que se le va la cabeza... ¡Que venga don Casimiro!.

RAMONA. Sí... Enseguida... Eso es... Don Casimiro... ¡Pues está bueno! ¡Pues no está poco malo!...

EL JUEZ. ¿Cómo que está bueno y que está malo?.

RAMONA. Que a buena parte va usted.. Que don Casimiro está como loco y se ha puesto al frente del grupo que se ha atrancado en la cocina.

EL JUEZ. Pero, ¿qué tonterías está usted diciendo?.

RAMONA. Que no son tonterías, señor juez... Que cuando se levantó ese señor que ahora está cayéndose *(Por el SEÑOR GARCÍA)* se formaron dos grupos: uno el de la señora y las

otras señoras, que se ha encerrado en la alcoba de la señora; y otro, el grupo de don Casimiro y los demás señores, que se han atrancado en la cocina...

EL JUEZ. ¿Es posible?.

RAMONA. Qué sí, señor juez... Y don Casimiro iba haciendo unos gestos muy raros con las manos y con los ojos, como hacía la señora de la casa donde estaba yo el año pasado cada vez que su marido se negaba a comprarle un sombrero...

DAMIÁN. ¡¡Ahí va!! ¡¡Eso es esa cosa que le dicen “el histérico”!!...

EL JUEZ. El forense con un ataque de nervios... Pero, ¿usted oye Menéndez?.

EL OFICIAL. Sí, señor juez... No me diga usted nada, señor juez: ¡esto es dantesco!.

EL JUEZ. ¡Válgame Dios! Sosténganle ustedes, que voy a buscar a don Casimiro.. *(Les deja a GARCÍA e inicia el mutis por el foro).*

RAMONA. *(Siguiéndole)* Tenga cuidado el señor juez...

EL JUEZ. ¿Qué tenga cuidado?

RAMONA. Sí; porque después de atrancarse en la cocina les oí decir que en caso de peligro se iban a defender tirando objetos por el montante.

EL JUEZ. Ellos verán.... ¡Pero al que me tire, aunque sólo sea un cubito de caldo Maggi, lo proceso! *(Se va seguido de RAMONA, por el foro. Quedan solos en escena DAMIÁN, el OFICIAL y el SEÑOR GARCÍA: los tres sentados en el diván y el SEÑOR GARCÍA colocado en medio).*

DAMIÁN. *(Después de una pausa)* ¡¡Bueno... ¿y con este señor qué hacemos pa que reviva?.

EL OFICIAL. *(Afoniquísimo)* Pues la verdad, portero: no lo sé...

DAMIÁN. ¡¡¿A usted no se le ocurre nada?!!

EL OFICIAL. ¿Quiere usted que probemos a rezar?.

DAMIÁN. ¡¡Por mí, no hay inconveniente, pero, ¿usted cree que mi voz llegará al Cielo?!!...

EL OFICIAL. Yo creo que llega y vuelve.

DAMIÁN. ¡¡Mire usted también que ir a atontarse este señor en el momento en que nos iba a explicar el lío!! ¡¡Es mala pata, ¿eh?!!.

EL OFICIAL. Sí, señor.

DAMIÁN. ¡¡Digo que es mala pata, ¿eh?!!...

EL OFICIAL. Que sí, señor.

DAMIÁN. ¡¡Perdone usted, es que como habla usted en secreto no le oigo!! *(GARCÍA abre los ojos).*

EL OFICIAL. Me parece que ya revive...

DAMIÁN. *(A GARCÍA)* ¡¡¿Se encuentra usted mejor, caballero?!!.

EL OFICIAL. ¿Ya no se le va la cabeza?.

GARCÍA. No, señor... Muchas gracias. Creo que ya estoy un poco mejor...

DAMIÁN. *(A grito pelado en el propio oído de GARCÍA)* ¡¡Diga usted!!... ¡¡Perdone la impaciencia, pero... ¿Qué le ha ocurrido a usted, que ninguno sabemos cómo se ha suicidado?!...!

EL OFICIAL. *(Siempre afónico. A GARCÍA, junto a su otro oído)* Dice que perdone la impaciencia, pero que qué le ha ocurrido a usted, que ninguno sabemos cómo se ha suicidado...

GARCÍA. Sí, sí, ya... Ya...

DAMIÁN. ¡¡Porque es que estamos tós carcomidos por la curiosidad!!

EL OFICIAL. Estamos todos que no vivimos...

DAMIÁN. ¡¡Y nos gustaría enterarnos!!...!

EL OFICIAL. Y querríamos saber...

GARCÍA. *(Aparte, angustiado)* ¡Díos mío, cómo tengo los oídos!... Por este, oigo demasiado, y por este otro no oigo nada...

DAMIÁN. ¡¡¿Cuántos tiros disparó usted?!...!

EL OFICIAL. ¿Es verdad que no disparó ningún tiro?

GARCÍA. Yo les diré, yo les explicaré... Pero antes, háganme el favor de cambiarse de sitio...

EL OFICIAL. ¿De sitio?

DAMIÁN. ¡¡¿Qué nos cambiemos de sitio?!...!

GARCÍA. Sí. Este señor *(Por DAMIÁN)* que se ponga aquí. *(El sitio que ocupa el OFICIAL)* Y usted *(Al OFICIAL)* tenga la bondad de ponerse donde está este señor. *(Por DAMIÁN. Aparte)* A ver si así hay manera...

DAMIÁN. *(Mientras se cambia de sitio, aparte al OFICIAL)* ¡¡Uy, me parece que sigue muy mal de la cabeza!!...).

EL OFICIAL. *(Aparte, a DAMIÁN)* (Hay que llevarle la corriente...).

DAMIÁN. ¡¡Pobre hombre!! *(Alto, a GARCÍA)* ¡¡Ya estamos!!.

EL OFICIAL. Ya le hemos dado gusto...

GARCÍA. *(Aparte, perplejísimo)* (Pues, Señor; ahora el oído sensible es éste y el sordo es este otro... ¡No lo entiendo!).

DAMIÁN. ¡¡Usted vino aquí a matarse por la dueña de la casa, ¿verdad?!...!

EL OFICIAL. La carta aparecía bien clara en ese extremo...

GARCÍA. Sí; pero, por favor... Ya hablaré, ya diré... Déjenme ahora usted... Estoy malísimo; tengo los oídos a componer... Nunca me había ocurrido nada igual. Esto debe ser una lesión interna... ¡Pobre de mí! *(Oculta el rostro entre las manos. Por encima de su espalda, DAMIÁN le hace gestos al oficial de que el SEÑOR GARCÍA está completamente perturbado. Dentro se oye un rumor de voces).*

EL OFICIAL. ¿Qué pasas? ¿Qué es eso?.

DAMIÁN. ¡¡Debe de ser que traen al forense!! (*Se levanta del diván y va hacia el foro, seguido del OFICIAL. En efecto; por el foro entran el FORENSE, el JUEZ, ABELARDO, MIRABEAU, HIPO y RAMONA. Entre HIPO, MIRABEAU y RAMONA traen al FORENSE sentado en una silla de cocina y en posesión de un succulento ataque de nervios: el FORENSE lleva un paño –de cocina también- doblado alrededor de la cabeza, indicando que se le han estado poniendo paños de agua fría para hacerle reaccionar; balbucea frases incomprensibles entre estremecimientos y resoplidos. El JUEZ camina al lado de la silla, con un pasapurés en la mano y la indignación en el alma. Detrás del cortejo entra ABELARDO que está deprimidísimo y con síntomas de haberse entregado a la desesperación y al llanto, e HIPO acude y le sostiene y le anima con palabras y con actitud.*)

MIRABEAU. Dejemos al forense ahí. (*Lo colocan en el centro de la escena*)

EL FORENSE. ¡Brrrrrr!... ¡Brrrrrr! (*Rechinando los dientes*). ¡Brrrrrrr!...

HIPO. Vamos, vamos...

RAMONA. Señor forense....

EL FORENSE. ¡Brrrrrrr!... Espoz y Mina, veintiocho duplicado... Espoz y Mina, veintiocho duplicado, tercero derecha... ¡Brrrrrr!...

RAMONA. No se le va la idea

MIRABEAU. Ni el ataque.

EL JUEZ (*Indignado, blandiendo el pasapurés*) ¡Me enteraré, ya lo creo que me enteraré!

HIPO. (a ABELARDO). Abelardo, amigo mío... ¡Valor!... (*Lleva a Abelardo a un sillón y le sienta*)

RAMONA. ¡Pobre señor!

EL FORENSE. Espoz y Mina, veintiocho duplicado, tercero derecha, El cargo... la dimisión... la dimisión del cargo... Espoz y Mina... La guerra de la Independencia... ¡Brrrrrr!

MIRABEAU (*Mirando a GARCÍA*). ¡Y pensar que el suicida se ha quedado tan tranquilo!

EL JUEZ. ¡Me enteraré! ¡Y cuando yo sepa quién ha sido el que me ha tirado por el montante el pasapurés, le aplicaré la Ley en todo su rigor!...

MIRABEAU. La verdad es que este señor (*por el FORENSE*) tiene motivos para el ataque, porque ver que se levantaba el suicida, después de lo que le ocurrió en la calle de Espoz y Mina...

RAMONA. No me diga usted...

MIRABEAU. ¡Ha sido horroroso! Delfina se puso como loca...

EL FORENSE. ¡Agua, agua!... ¡Brrrrrrrr! ¡Agua!

RAMONA. Pide agua...

MIRABEAU. (*a DAMIAN*). Traiga usted un vaso de agua

DAMIAN. ¡¡A escape!! (*Se va por el foro*)

EL JUEZ. Vamos D. Casimiro... ¿Se le va pasando?

EL FORENSE. ¡Brrr!... Espoz y Mina, veintiocho, tercero derecha... ¡¡Agua!!...

RAMONA. Ahora viene el agua...

EL JUEZ. ¿De manera que se niegan ustedes a declarar quién es el que ha tirado el pasapurés? ¡Pues lo sabré, señores! ¡He de saberlo!

RAMONA. Yo no he sido señor Juez...

MIRABEAU. Ni yo...

RAMONA (*Aparte, a MIRABEAU Y ABELARDO*). ¡Cualquiera le dice que se lo ha tirado el Forense!

MIRABEAU. Y que si no le sujetamos le tira también la máquina de sacar cera...

DAMIAN (*Entrando por el foro con un vaso de agua*) ¡El agua!

RAMONA (*Cogiendo el vaso*) El agua, D. Casimiro...

EL FORENSE. ¡Agua! ¡Agua, que sin agua me ahogo!

DAMIÁN. ¡¡Le ocurre lo contrario que a tó el mundo!! (*El FORENSE se bebe el agua. Entran Abelardo e Hipo*)

ABELARDO (*a HIPO*). Hipo... Un vaso de agua, por favor...

HIPO. (*a DAMIÁN*). ¡Pchts, portero! ¡Un vaso de agua para el señorito Abelardo!

DAMIÁN. ¡¡¿Otro?!! ¡¡Voy, voy!! (*Se va por el foro*)

EL JUEZ (*Que se va acercando al Sr. GARCÍA*). Caballero...

EL FORENSE. Espoz y Mina... Espoz y Mina... El Empecinado... Los Arapiles... ¡Brrrrr!

EL JUEZ. Es necesario (*a GARCÍA*) que se ponga usted bien del todo para que me haga una declaración en regla... Soy el juez.

GARCÍA. Sí, señor, sí... (*Siguen hablando sentados en el diván*)

DAMIAN (*Entrando por el foro con un vaso de agua*) ¡¡El agua!! ¡¡El agua, señorito Abelardo!!

ABELARDO. Trae... Gracias. (*Bebe*)

EL FORENSE. Los Arapiles... El sitio de Gerona. Espoz y Mina... ¡Agua, agua!

RAMONA. ¿Más agua?

EL FORENSE. ¡Agua!

HIPO. ¡Portero! ¡Más agua para el señor Forense!

DAMIÁN. ¡¡¿Más agua?!! ¡¡Caray!!

EL JUEZ. (*A GARCÍA, con quien está hablando en el diván*) Y aquel señor (*Señalando*) es el forense, a quien usted ha dado un susto terrible levantándose cuando le iba a reconocer.

GARCÍA. ¿Sí? ¡Caramba! No sabe usted cuánto lo siento... (*Levantándose y acercándose al FORENSE*) Señor forense... Señor forense: no sabe usted cuánto lamento que...

EL FORENSE. (*Dándo un respingo al verle al lado*) ¡Brrrr! ¡Brrrrrr!.... ¡El suicida! ¡Fuera! ¡Que no se acerque! ¡Que si se acerca le tiro otro pasapurés!

EL JUEZ. (*Aparte*) (¡Pues, por lo visto, el que me ha tirado el pasapurés ha sido él!...).

EL FORENSE. ¡Que se vaya! ¡Brrrrrrr!....

HIPO. ¡Compañero!.

RAMONA. ¡Don Casimiro!... (*Le sujetan como pueden*).

GARCÍA. ¡Uy, cómo se asusta!....

EL JUEZ. (*A GARCÍA*) Venga conmigo. Y deje al forense, que está muy excitado.

DAMIÁN. (*Entrando por el foro con otro vaso de agua*) ¡¡El agua!!.

EL FORENSE. El agua... El agua... ¡Venga el agua! (*Bebe*).

EL JUEZ. (*A GARCÍA*) Y ahora siéntese aquí... (*Se sienta en el diván*) Siéntese aquí tenga la bondad de referir con todo detalle cómo, cuándo y por qué ha entrado en esta casa y cuanto le haya sucedido desde que llegó hasta que esos señores le encontraron tumbado en este diván y al parecer muerto.

GARCÍA. Sí. Señor juez, sí; lo contaré. Lo contaré todo..., aunque estoy tan nervioso que...

EL JUEZ. ¿Está usted todavía nervioso? Eso se quita con un poquito de agua. (*A DAMIÁN*) ¡Portero! Tráigale un vaso de agua a este señor.

DAMIÁN. ¡¡¿Otro vaso de agua?!!.

EL FORENSE. Y a mí otro, portero, que éste se me está acabando... ¡Brrrrrr!....

DAMIÁN. ¡¡¿Y otro?!! ¡¡¿Más agua?!! (*Aparte*) (¡¡Estos señores me han tomado a mí por una cañería!... ¡¡Ahora que ya sé lo que tengo que hacer!!...) (*Se va por el foro con el aire de quien ha encontrado de pronto la solución*).

HIPO. (*Que estaba hablando aparte con ABELARDO*) Anda. Abelardo, vámonos... ¿No comprendes que ya nada te queda que hacer en esta casa? Hasta Hortensia se ha encerrado en su gabinete con las demás señoras, fingiendo miedo por no darte explicaciones... Hazme caso...; vete a Valladolid....

ABELARDO. ¿Irme yo? ¿Irme, ahora que ese hombre (*Por GARCÍA*) puede hablar? ¿Irme yo, ahora que voy a saber toda la verdad? ¡Nunca!... (*Se levanta*) ¡Ese hombre hablará! ¿Ya lo creo que hablará! (*Avanzando hacia el SEÑOR GARCÍA*) ¡Y ay de él si no habla! (*Fuera de sí*) ¡Ay de él!... (*Todos miran interesantísimos, y hasta el FORENSE se olvida de su ataque*).

MIRABEAU. ¡Anda!.

EL OFICIAL. ¡Atiza!.

EL FORENSE. ¡Ahora se arma! (*Expectación general*).

ABELARDO. (*De pie ante GARCÍA y furiosamente*) ¡Pronto, señor mío! ¡Hable usted!.

GARCÍA. ¡Eh?.

ABELARDO. ¡Venga, vamos! ¡Ya está usted hablando!.

GARCÍA. Pero, caballero.... (*Por el foro DAMIÁN. Éste trae en brazos un filtro de comedor, con su pie y todo, y RAMONA le interroga extrañadísima*).

EL JUEZ. ¿Pero adónde va con eso, hombre?.

DAMIÁN. ¡¡¿Adónde quiere que vaya?!! ¡¡Estaba ya harto de dar paseitos!! (*Dejando el filtro al lado del FORENSE*) ¡¡Aquí tiene usted agua para tres días, señor forense!!.

EL FORENSE. ¡Hombre, qué buena idea!... (*Se sirve agua del filtro*).

GARCIA. (*A ABELARDO*) Caballero... No sé con qué derecho ni en nombre de qué me está usted exigiendo que hable...

ABELARDO. (*Maravillado e indignado*) ¿Con qué derecho, en nombre de qué?...

EL JUEZ. (*A GARCÍA, señalando a ABELARDO*) Es el prometido de la dueña de la casa...

GARCÍA. (*Levantándose electrizado*) ¿Usted?... ¿Usted es el hombre que iba a...? ¡Agua! ¿Agua para que pueda decir todo lo que tengo que decir!... ¡Agua! ¡Agua!

DAMIÁN. ¡¡Aquí tiene usted el filtro!! (*Aparte*) (¡¡Si no lo llevo a traer, me luzco!!) (*GARCÍA va al filtro y se sirve y bebe apresuradamente un vaso de agua*). (*Aparte, a RAMONA*) Tú Ramona, que te llama la señorita...

RAMONA. ¿Pues qué pasa?.

DAMIÁN. Que no saben dónde has puesto el éter, la botella de agua de azahar ya se les ha acabado...

RAMONA. ¡Dios mío, pero si estaba entera!.

DAMIÁN. Pero se la han bebido en tazones de los de desayuno.

RAMONA. ¡Virgen Santísima!... (*Se va por el foro*).

GARCÍA. (*Qué ha acabado de beberse el agua*). ¡Así! Ya está... (*A ABELARDO*) ¡Y ahora va usted a saberlo todo, miserable!

ABELARDO. ¿Miserable? ¡Lo mato!.

EL FORENSE. ¡Uy, que lo mata!.

MIRABEAU. ¡Caballero!.

DAMIÁN. ¡¡Señorito!!.

HIPO. ¡Abelardo!.

EL JUEZ. ¡Señor García! (*Todos se movilizan: el FORENSE, el JUEZ, e HIPO se tiran a sujetar a ABELARDO; y MIRABEAU, DAMIÁN y el OFICIAL al SEÑOR GARCÍA*).

GARCÍA. ¡Miserable y canalla, sí señor!.

ABELARDO. ¿Yo miserable y canalla? ¡Déjenme! ¡Suéltanme!...

EL JUEZ. ¡Orden! ¡Silencio!.

GARCÍA. (*A ABELARDO, rechinando los dientes*) ¡Yo no lo conocía a usted!... Sabía que ella iba a casarse, pero no lo conocía a usted... ¡Por algo no quería conocerle! ¡Y por algo no he querido yo nunca pisar esta casa del pecado!.

ABELARDO. ¿Del pecado?.

GARCÍA. ¡Pero sin conocerle le odiaba! ¡Le odiaba todo lo que un hombre puede odiar! ¡Bandido! ¿me ha robado usted lo que más quería!...

ABELARDO. ¡Usted! ¡Usted es el que me ha la ha robado! ¡Y yo, bruto de mí, que la adoraba!.

EL FORENSE. (*Encarándose con GARCÍA*). ¡Usted, sí! ¡Usted es el que le ha dado el timo a este señor!... ¡Y si iba usted a matarse por ella... se debía usted haber matado! Porque eso de matarse y levantarse vivo después de muerto, asustando a la gente, ¡no es serio! ¡No, señor!.

ABELARDO. ¡Matarse y no morir no es de hombres!.

EL FORENSE. ¡Es de gatos!.

GARCÍA. Pero, ¿usted les oye, señor juez?.

EL JUEZ. Señores, vamos... No hay que perder la corrección; estamos entre personas educadas...

GARCÍA. ¡De gatos! ¿Es que tengo yo algo de gato?.

EL FORENSE. Los bigotes, caballero, los bigotes.

GARCÍA. Y en cuanto a lo otro de que no me haya muerto..., no es mía la culpa. Hace mucho tiempo que tenía planeado el suicidio, señor juez: desde que supe por los periódicos que ella iba a casarse... Hacía dos años que no la veía, pero la herida de mi corazón continuaba abierta.

EL FORENSE. (*Aparte*) (Es un cursi).

GARCÍA. Un día... el lunes pasado, resolví venir a matarme en su propia casa. ¿Qué mejor lección para su desvío? Averigüé el domicilio, y durante varias noches he vagado bajo estos balcones, esperando una ocasión. Y hoy la ocasión se presentó. Al llegar encontré abierto el balcón de esta salita... Subí, entré y llegué hasta aquí. Dentro se oían voces y risas... ¡Se divertían! Se divertían mientras yo sufría en las tinieblas... Entonces me acerqué la pistola a la sien y, antes de apretar el gatillo, sonaron tres tiros.

MIRABEAU. ¿Tres tiros?.

EL FORENSE. Los neumáticos; eso eran los neumáticos.

GARCÍA. La emoción pudo más que yo, y caí en ese diván desmayado...

HIPO. ¡Qué película!.

EL FORENSE. ¡Sonora!.

MIRABEAU. (*Compungido*) ¡Desventurado caballero! Me está haciendo llorar... (*Al FORENSE*) Déme un pañuelo, Don Casimiro... (*Llora en silencio*).

EL JUEZ. (*A GARCÍA*). Pero, vamos a ver.. ¿Usted tuvo relaciones con la dueña de la casa?.

GARCÍA. ¡Relaciones! ¡Si sólo hubieran sido relaciones! Y un hijo de seis años también tengo con ella, señor juez...

ABELARDO. (*Despachurrado*). ¡Un hijo!.

HIPO. ¡Un hijo!....

MIRABEAU. ¡Un hijo!...

EL FORENSE. (*Aparte*) (Pues, como se parezca a él, va arreglado..).

EL JUEZ. ¿Y ese niño existe o murió en el incendio de algún "cine"?

GARCÍA. ¡Ya lo creo que existe! Se llama Emilianito y es una joya. Está interno en un colegio haciendo Primaria; el año pasado me sacó matrícula de honor en gimnasia. ¡Es un ángel! Y pensar que yo he estado a punto de dejarle huérfano de padre por esta mujer...

ABELARDO. (*Deprimidísimo*) ¡Basta! No quiero saber más... Basta... (*A GARCÍA*) Usted perdone... Ignoraba todo eso... Ahora ya... Ahora ya sólo me queda desearle a usted la felicidad que tanto necesita... Me voy...

RAMONA. (*Que ha entrado momentos antes y lo ha oído todo, enjugándose los ojos con el delantal*) ¡Ay, qué dramas tiene la vida! ¡Cuando la señorita lo sepa todo lo que está pasando!... ¡Cuando yo le diga a la señorita!... (*Se va por el foro a decírsele todo a la señorita*).

ABELARDO. Me voy a Valladolid... Me voy con mi hermano... Hipo..., llévame a Valladolid...

GARCÍA. Créame usted que yo...

ABELARDO. Nada, silencio... No hay nada que hablar... A Valladolid... Ya no me queda en el mundo más que mi hermano y Valladolid...

EL FORENSE. (*A ABELARDO*) Caballero, ¿y por qué no se va usted a Santander, que tiene playa?...

ABELARDO. (*Acercándose al filtro y sirviéndose agua*) Un vasito de agua porque es que tengo la lengua seca..., y a Valladolid... (*Bebe*).

DAMIÁN. ¡¡El resultado que está dando el filtro!!.

ABELARDO. (*A HIPO*) Vamos, Hipo... Adiós, señores... Adiós, señor forense... Adiós, señor juez... Perdón... Perdón a todos ... (*Inicia el mutis entre la angustia general*).

EL FORENSE. (*Próximo a llorar también*). ¿Tiene usted la llave del portal, caballero?.

ABELARDO. Sí, sí; la conservo... Gracias... Muchas gracias... Adiós... (*Se va con HIPO por la izquierda*).

EL FORENSE. Se va hecho polvo...

MIRABEAU. ¡Que tragedia tan terrible!

EL FORENSE. Yo creo que se muere en la fonda de Villalba...

DAMIÁN. ¡¡Si baja a tomar café seguro!! (*Por el foro entra HORTENSIA, seguida de DOÑA CARMEN, RAMONA y OLGA*).

RAMONA. Señorita, por Dios...

OLGA. Hortensia...

HORTENSIA. ¡Dejadme! Estoy decidida... (*Al verla entrar hay una expectación máxima en todos*).

MIRABEAU. ¡Ella!

DOÑA CARMEN. ¡Hortensia!

EL FORENSE. ¡La mamá de Emilianito!

DAMIÁN. ¡¡Menuda escena se prepara!!.

HORTENSIA. (*Dirigiéndose rectamente a GARCÍA*) Señor García: esto no puede seguir así... Acaban de decirme que mi prometido se ha marchado.. Usted no puede desear mi ruina... Tiene usted que dar una explicación...

DOÑA CARMEN. (*Asombrada*) ¡Le llama de usted!

MIRABEAU. Pero, ¿qué significa esto?.

EL FORENSE. ¡Ah, las mujeres! Siempre fingiendo... ¡Qué asco! (*Encarándose con HORTENSIA y muy cargado de razón*) ¡Abajo la careta, señora! Voy a tomar yo cartas en el asunto... ¿Qué es eso de “señor García”?... Este señor ha explicado cuanto tenía que explicar... Lo sabemos todo. ¿Es que va usted a ocultar a Emilianito? ¿Es que ha olvidado usted la matrícula de honor en Gimnasia?

HORTENSIA. ¡Pero, ¿qué dice?.

EL FORENSE. ¡Basta de farsa! Su prometido se ha ido porque debía irse... Y en Valladolid lo va a pasar tan ricamente... Y usted se va a casar con el padre de su hijo (*Señala a GARCÍA*) porque lo mando yo, que soy el forense... ¡Eso es!

HORTENSIA. ¿Yo? ¿Con el padre de mi hijo?.

GARCÍA. ¡Pero si esta señora no es la madre de mi hijo!

TODOS. ¿Quéé? (*Estupefacción*).

EL JUEZ. ¿Cómo que no? ¡Sin embargo, la dueña de la casa es ella!

GARCÍA. ¿Ella? ¡No es posible!

EL FORENSE. ¡Detengan a esos señores! (*Sale DAMIÁN en busca de ABELARDO e HIPO*)

EL JUEZ. ¿Qué sucede?.

EL FORENSE. (*Muy elocuente*) Nada, señor juez, que creo que es de vital importancia la presencia de uno de los testigos para que escuche este último dato revelador ...

EL JUEZ. Bien hecho, don Casimiro. ! (*Por la izquierda se oye un rumor de voces cada vez más próximo, y enseguida entra DAMIÁN, seguido de ABELARDO e HIPO*).

HORTENSIA. ¡Abelardo! Te trae la providencia...

DAMIÁN. ¡Lo traigo yo, señora...!

GARCÍA. (*A ABELARDO*) Venga usted, caballero, que me parece que todos somos víctimas de una confusión inexplicable...

ABELARDO. (*A GARCIA*) ¿De qué confusión habla usted?...

EL FORENSE. Que dice que la madre de su hijo no es la prometida de usted, caballero...

ABELARDO. ¿Cómo?.

HIPO. ¿Que no es Hortensia?

HORTENSIA. Que no soy yo...

EL FORENSE. (*A GARCÍA*) Pero, vamos a ver, señor mío, la madre de su hijo ¿cómo se llama?.

GARCÍA. Delfina... Delfina Ramos.

HORTENSIA. ¡Delfina! ¡Si es Delfina! (*Escapando por el foro con OLGA y llamando*).
¡Delfina! ¡Delfina! (*Mutis*).

RAMONA. (*Yéndose detrás*) ¡Señorita Delfina! (*Mutis*).

MIRABEAU. (*Aterrado*) ¡Delfina! ¿Mi Delfina?... ¡No, no! ¡Miente usted! ¡Miente usted, farsante!...

GARCÍA. ¡Caballero!

HIPO. Delfina es la prometida de este señor, (*Por MIRABEAU*) y vive en el cuarto de al lado.

EL FORENSE. ¿A qué se ha equivocado de balcón?

GARCÍA. ¡Dios mío! Eso debe de ser... Me he equivocado de balcón... Como están juntos...

MIRABEAU. ¡Delfina, madre! ¡Delfina con un hijo de seis años que tiene matrícula de honor en Gimnasia!... ¡Ah! Me ahogo... No puedo más... (*Le da un vahído*).

DAMIÁN. ¡¡El filtro!! ¡Ahí va el filtro! (*Le coge y lo lleva al lado de MIRABEAU, a quien sirve un vaso de agua*) ¡¡A este paso va a haber que traer un tanque!!

GARCÍA. De manera que ese de la barba (*Por MIRABEAU*) ¿es el hombre que me ha robado lo que más quiero?...

EL FORENSE. Sí señor; Y lo más triste es que se la tiñe. (*En el foro aparece HORTENSIA, que, en unión de OLGA, trae del brazo a DELFINA; les sigue RAMONA*).

HORTENSIA. Valor, Delfina...

OLGA. Piense que es el padre de su hijo...

DELFINA. Si lo sabía... lo sabía... Le reconocí al levantarse del diván... ¡Dios mío! ¡Dios mío, qué vergüenza! (*Llora*).

DAMIÁN. ¡¡Acabe pronto, señor Mirabeau, que le voy a tener que llevar el filtro a esa señora!!...

GARCÍA. Delfina... (*Acercándose*) Perdóname... Tú... Yo... Nuestro hijo.... Estaba loco...

DELFINA. Y yo, y yo, también... ¡Aaay!... (*Llora consolada ya por GARCÍA*) Yo también he estado loca...

ABELARDO. (*A HORTENSIA*) ¡Ay, Hortensia! ¡No puedes imaginarte lo feliz que esto me hace. (*Sigue hablando aparte*).

MIRABEAU. (*Levantándose y ganando el centro de la escena; en una de sus actitudes oratorias, y esforzándose por estar tranquilo*) ¡Pero, no! ¡Pero, no!

TODOS. ¿Qué?

MIRABEAU. Afortunadamente soy un hombre, un verdadero hombre... Y los verdaderos hombres son aquellos que saben armarse de valor...

EL FORENSE. Muy bien, señor Mirabeau...

MIRABEAU. La vida sigue... La vida es un río caudaloso... ¿Quién se opondrá al paso de la impetuosa corriente?... No he de ser yo, ¡oh, no!, quien se oponga... Alguien sobra aquí... yo sobro. Yo me iré. He amado... Amo aún... ¿Y qué? Sin sacrificio, ¿hay amor, por ventura? Sin sacrificio el amor es sólo instinto...

EL FORENSE. ¡Bravo, bravo! ¡Muy bien, caballero!

MIRABEAU. Quédense ustedes; quédense todos; quede usted también, señor juez... Y pasen al comedor y alcen una copa de vino por la felicidad de cuantos aquí estamos... Incluso por la mía, porque en estos momentos soy feliz...

EL JUEZ. Señor Mirabeau...

EL FORENSE. Amigo Mirabeau...

MIRABEAU. Déjenme; yo se lo ruego. Vayan a brindar... Brinden... Brinden...

GARCÍA. Este señor tiene razón, Delfina... ¡Brindemos!

HIPO. ¡Claro!

ABELARDO. ¡Hay que brindar!

HORTENSIA. Prepara copas, Ramona...

RAMONA. Sí, sí... *(RAMONA se van por el foro).*

DAMIÁN. ¡Yo voy a brindar más que nadie! *(Se va por el foro).*

EL JUEZ. Después de todo, una copita nunca cae mal...

DELFINA. Pierdo un orador, ¡pero gano un padre!... *(Van haciendo mutis por el foro).*

EL FORENSE. *(A MIRABEAU)* ¡Un amigo! ¡Siempre un amigo, señor Mirabeau! *(Le aprieta las manos).*

MIRABEAU. Gracias, gracias...

DOÑA CARMEN. ¡Y valor; hay que ser hombres! *(Se va)*

MIRABEAU. *(Cayendo en brazos del FORENSE, con el que e ha quedado solo en escena)*
¡Aaaay, señor forense, qué desgraciado soy!...

EL FORENSE. ¡Pero, hombre, señor Mirabeau!...

MIRABEAU. ¡La quiero como un loco! ¡Como un loco! ¡Y se la he cedido a ese señor de los bigotes!... ¿Por qué se la he cedido yo, por qué?...

EL FORENSE. Yo creo que ha sido por hacer aquel párrafo de “el amor sin sacrificio es sólo instinto”....

MIRABEAU. Sí, por eso; por eso... Hacer párrafos ha sido siempre mi ruina... ¿Y ahora qué hago yo, qué hago yo?.

EL FORENSE. ¿Qué va usted a hacer?...

MIRABEAU. No; no tema. Voy sólo a... a... ¿sabe?.

EL FORENSE. Comprendido... *(Saca del bolsillo la pistola y se la da).* Tome usted...

MIRABEAU. Vaya con ellos; reúnanse con ellos. Es cuestión de un instante...

EL FORENSE. Pues adiós... y buena suerte... Yo le avisaré lo que ocurra. *(Se va por el foro. El señor MIRABEAU queda solo. Va al foro, cierra las puertas y apaga la luz. Una pequeña pausa. Suena un tiro. Dentro siguen oyéndose las voces y las risas de los personajes que están en el comedor. Al cabo de unos instantes, las puertas del foro se descorren y entra*

el forense, que enciende de nuevo la luz. El señor MIRABEAU está tumbado en el diván, en la actitud del SEÑOR GARCÍA al comenzar la obra).

EL FORENSE. *(Desde la puerta)* Oiga usted... *(Tristemente)* Que no le hacen caso...

MIRABEAU. *(Incorporándose)* No, ¿verdad?.

EL FORENSE. Ni pizca.

MIRABEAU. Entonces no me queda más solución que irme a...

EL FORENSE. ¿A Guatemala?.

MIRABEAU. No, señor. A dormir. Es la una.

EL FORENSE. Pues que usted descanse, señor Mirabeau.

TELÓN

FIN DE “EL CADÁVER DEL SEÑOR GARCÍA”